

# Destiempo

Patricia Valladares

## REGRESO A CASA (a manera de introducción)

Eloísa miraba por la ventana el desierto del Sinaí, por donde a ratos pasaban algunos beduinos con sus *kefias* negras —que sólo dejaban al descubierto sus ojos—, seguidos de algunas cabras y borregos. El sol caía a plomo sobre el autobús que la llevaba por el mítico camino de El Cairo a Jerusalén. Viajaba con un grupo de hombres desconocidos: diez jóvenes sudafricanos rubios y un lascivo guía árabe. Ella era la única mujer en ese autobús que, al parecer, cruzaba la nada.

Después de pasar algunos días en El Cairo, sonreía pensando en las cosas que había hecho para llegar hasta allí, y en los vuelcos que había dado la vida. Ahora se reía de sus sueños y de sus miedos.

La vastedad del paisaje la indujo a mirarse en el pasado. El autobús daba tumbos en el camino pedregoso, igual que ella en los vericuetos de la vida. Viraba de una etapa a otra: trasgrediendo el orden, el tiempo, las costumbres.

Cuando era niña, mientras sus amigas jugaban en el parque, ella estudiaba; cuando ellas estudiaban, ella ya tenía novios; cuando ellas tenían novios, ella tenía hijos; cuando ellas tenían hijos, Eloísa ya los había perdido. Reflexionó sobre la insistencia de trastocarlo todo, y la incesante rebeldía con la vida que tanto la vinculaba con la muerte.

Y los encuentros y desencuentros, y ese comenzar de nuevo en cada década, y reconstruirse y convertirse en otra. Eloísa tenía que ser otra siempre para reconocerse, para saber que ella era ella. Se preguntaba si seguiría dando tumbos, como el autobús, o si había llegado el tiempo de deslizarse suavemente en el río de la vida.

Como siempre, no tenía respuestas, pero estaba llena de preguntas.

De cualquier forma tenía frescas las peripecias que había vivido en este viaje al Medio Oriente. ¡Cómo había deseado adentrarse en el mundo con la mochila al hombro! Y cómo sólo lo hizo hasta que se separó de su primer marido. Recordaba cómo en sus fantasías infantiles se veía como una aventurera recorriendo los caminos con su sombrero de arqueóloga y su atuendo de color caqui.

### LA AVENTURERA TARDÍA

Gracias al azar y a una beca estudió dos meses en Israel, donde se incorporó a un grupo de treinta mujeres de países latinos para estudiar el liderazgo femenino y el desarrollo de cooperativas. Jamás se imaginó que en ese instituto israelí le esperaban experiencias que le cambiarían la vida. En dicho colegio había estudiantes de Europa del Este, Asia, África y América que convivían en una especie de internado; se estudiaban diferentes temas sociales, dirigidos a grupos, divididos por género. Además de lo aprendido en las aulas, la enseñanza más rica era el conocimiento cercano e intenso de muchos hombres y mujeres de culturas diversas.

En ese pequeño país tan contradictorio y lleno de historia, se respiraba tensión e intolerancia política entre israelíes y palestinos, pero la gente común seguía con su vida cotidiana: la familia, la escuela, el trabajo, los centros nocturnos con sus prostitutas rusas, las diversiones.

Eloísa vivió en ese instituto un curioso proceso de tolerancia y cooperación entre los estudiantes, pues hubo un diálogo de ideas y costumbres diferentes que la enriquecieron como persona.

Durante el día, Eloísa asistía a clases, pero en las noches la cafetería del colegio, que estaba diseñada para ser utilizada como refugio antinuclear, se convertía en salón de baile. La pista era

una Babel de danzas de todo el mundo. Una noche, por ejemplo, los estudiantes africanos ponían su música tradicional, traían bebidas típicas de sus países y organizaban el baile, entonces Eloísa bailaba con esas negras grandes de traseros generosos cuyos movimientos sensuales eran casi tribales. Noche tras noche seguían: las cumbias colombianas, los ritmos brasileños, los tangos argentinos, la música mexicana.

Los fines de semana los estudiantes recorrían el país en viajes organizados por el Instituto con guías y apuestos agentes de seguridad israelí. Así conoció Jerusalén, Masada, Sodoma y Gomorra, el Mar Muerto.

Aunque el sistema de seguridad era muy estricto para los estudiantes extranjeros, Eloísa se las arregló para conocer los territorios ocupados de Cisjordania, visitar a los palestinos y ver el otro lado del conflicto. Cada vez que pudo, también se escapó a las playas de Tel Aviv, la ciudad superoccidental del Medio Oriente, para sentarse horas a contemplar el Mediterráneo.

Al finalizar el curso, casi sin dinero, Eloísa decidió visitar El Cairo y su querida Alejandría.

Después de una larga travesía, se vio hospedada en El Cairo en un hotel de quinta categoría: pequeño, oscuro y solo. Se le erizaba la piel al recordar su llegada a la recepción del hotel, donde sólo había dos hombres árabes: un negro gordo y un anciano desdentado de túnica y kipá blancas. Y con señas, el negro la había conducido a una ruinoso habitación donde todo parecía tener cien años.

Lo más impactante fue su visita a las pirámides egipcias, cuando se vio metida en las entrañas de la pirámide de Gizeh. Esas escaleras y el oscuro túnel le parecían extrañamente familiares, como cuando se metía dentro de sí misma; ese ir descendiendo por las escaleras de piedra del túnel hasta llegar al fondo de su inconsciente. Y cómo se sentía a sus anchas transitando en su inframundo interior.

Más tarde se reencontró con sus amigas latinas, conocidas en Israel, y recorrió con ellas la ciudad vieja de El Cairo, las casas de perfumes, las mezquitas y el antiguo mercado de *Al kalihi* y sus vendedores que las miraban y les decían algunas frases en español con acento árabe como:

—¡Hey, bonita, tú ser mi esposa, quédate conmigo, te amo!

Horas y horas por las calles, riendo divertidas, sin dinero. Y el recorrido por el Nilo en un *falucho*, ese curioso nombre de las barcas tradicionales, que le resultaba tan fálico. Disfrutaba recordar cómo en una tienda coquetearon con el tendero para que les diera más queso del que podían pagar, para prepararse un emparedado como única comida del día.

En El Cairo, Eloísa se vistió como las mujeres del lugar, con su túnica blanca, la cabeza cubierta con una tela blanca y sólo los ojos al descubierto. Sus dos amigas y ella estaban sorprendidas de que en la calle hubiera tan pocas mujeres y que sus trajes indicaran su estado civil: blanco para las solteras, como algunas maestras con sus alumnos que encontraron en el camino; el color violeta para las que estaban comprometidas, y el color negro para las casadas y las viudas. Al principio les pareció divertido llamar la atención de los hombres, que les decían cosas que parecían piropos, pero después esa supuesta atracción se convirtió en un franco hostigamiento.

En la tarde fueron al museo de El Cairo. Era tarde y el museo estaba a punto de cerrar, tenían muy poco tiempo para recorrerlo. Eloísa casi corría, preocupada por encontrar la máscara de Tutan-kamón. Le preguntó a un hermoso guardia árabe y él se ofreció de guía, así que con su amiga, y de la mano del solícito guardia, llegaron a la sala que albergaba los hallazgos de Howard Carter.

En medio del salón estaba la imponente máscara dorada con piedras preciosas, el sarcófago, la momia. Completaban la exhibición numerosos objetos de oro del faraón: las sandalias, el bastón, los aretes y pendientes. Eloísa estaba arrobada, mirando los objetos y no se dio cuenta de que el guardia había llamado a otro

compañero. Los hombres empezaron a jalar a su amiga pidiéndole que los besara como agradecimiento por haberlas llevado a ese lugar; primero parecían amables y galantes, pero luego insistentes y agresivos. Ellas querían marcharse, pero estaban en un lugar desconocido y alejado de la salida. Los guardias las jalaban, las tocaban por debajo de la falda y les besaban el cuello. Eloísa sintió cómo los dedos tibios del guardia frotaban sus pechos. Gritaron con angustia. Y, para su fortuna, las oyó otro guardia y fue a su encuentro. Detuvo a los agresores —parece el jefe—, les grita, y a ellas les dice que el museo está cerrado. Las toma del brazo y, a empujones, las lleva rápidamente a la puerta de salida sin más explicaciones.

Salieron llorosas, con la certeza de que iban a ser violadas a los pies de Tutankamón.

Después de sobrevivir al hostigamiento cotidiano de algunos patanes en la ciudad de México, el asunto del museo le resultaba a Eloísa bastante ridículo.

Más tarde las amigas de Eloísa siguieron su viaje hacia otro país. Y sola, regresó a su espantoso hotel. Había caído la noche y tenía que caminar varias cuadras; no le dio importancia, pero al cruzar una calle, un árabe empezó a hablarle y la siguió, le jalaba la ropa. Quiere que lo acompañe a su casa, pues vende artesanías; ella dice que no y camina más rápido, el hombre la sigue insistentemente. Ella cambia de acera. Hasta ahora recuerda las indicaciones que le hicieron en México de no caminar sola en El Cairo. Más adelante otro hombre —le parecen todos iguales— la sigue, le jala la ropa. Otra vez la misma historia, el asunto no es divertido. Llega por fin a su hotel, sube a la recepción, es casi un alivio ver al inmenso musulmán negro con su traje blanco y se siente casi en casa.

Tenía mucha hambre, pero ni loca saldría a comprar algo. Se le ocurre ir al restaurante del hotel, que resulta más lúgubre que la recepción: es oscuro, no hay nadie. Se sienta, aparece un apuesto mesero árabe que, por lo menos, habla inglés, un estudiante de

medicina que trabaja allí para tener más ingresos. Eloísa se siente tranquila, y después de una típica sopa de granos habla con el joven, le cuenta las aventuras del día, tiene muchas preguntas sobre el comportamiento sexual de los hombres del lugar. Él le cuenta cómo en su país la sexualidad es severamente reprimida, le habla de las *mujeres cosidas* según una antigua tradición, que consiste en coser la vagina de las niñas hasta que se casan, ello garantiza su virginidad; le habla sobre la ablación del clítoris y otros horrores. A las mujeres les mutilan el cuerpo y el deseo. También le contó cómo los hombres están desesperados por conocer mujeres para conseguir sexo, y lo apetecibles que resultaban las extranjeras. Más tarde se despidieron.

Eloísa se fue a su habitación, quería ducharse, pero de los grifos ruinosos sólo salía agua rojiza y arenosa. Algunas horas después llamaron a su puerta, con sorpresa descubre que es el mesero, dispuesto a meterse en su cama sin ser invitado. Y de nuevo, la presión, el hostigamiento, el ruido.

—Pinche necio, ¡deja de molestar! ¡Ve a chingar a tu madre! —le grita en español.

Le pareció increíble que el hombre amable y solidario del restaurante se comportara como cualquier hostigador. Después de un rato de discusión, el mesero se fue.

Minutos después, tocan de nuevo a la puerta, se asoma, y ahora el visitante nocturno es el guía árabe que la había llevado al hotel. Y otra vez la misma historia:

—Sal conmigo, tengo unos amigos que quieren llevarte a ver a las bailarinas del vientre, te vas a divertir bonita mexicana.

Eloísa le grita que deje de molestar:

—*Go out! I don't interest you, ¡pinche güey!*

El tipo es igual de necio que el médico-mesero.

Después de una intensa discusión el hombre se va. Eloísa estaba harta y cansada por el hostigamiento de todo el día; sola, sin nadie a quién pedir ayuda. Sólo quería que amaneciera.

En la mañana sale a toda prisa del hotel, numerosas ratas corren por las aceras. Aliviada, mira a lo lejos el camioncito con los sudafricanos que la llevarán de nuevo a Jerusalén.

Inicia el retorno a casa. Al llegar a Ismailia, entre salto y salto, piensa en las *mujeres cosidas* y en la represión sexual, y se alegra de salir de allí. No entiende qué pasa en ese país. Cuestiona las estadísticas oficiales, según las cuales en 1965 había más mujeres médicas, dentistas y abogadas que en Estados Unidos, ¿dónde están esas mujeres? Piensa en el largo y difícil camino de las mujeres hacia un desarrollo lleno de avances y retrocesos.

El calor del desierto le recuerda otras ocasiones en que tenía el mismo bochorno, como cuando viajó a Chiapas con un grupo de indígenas para visitar un proyecto de *turismo de aventura*, y el dormir en medio de la selva y el recorrido por el río, a ratos en piragua y más adelante a nado, y la mayoría del tiempo caminando, hasta llegar a una pequeña comunidad de indígenas olvidados. Piensa en las similitudes de la pobreza, y la imposibilidad del crecimiento debido a la incapacidad y rapacidad de quienes gobiernan. Recuerda también cuando visitó una isla en el norte de Sinaloa, donde se celebraba un encuentro de poetas, y que se suponía era un lugar paradisiaco. Se asemejaba más a la isla del diablo, que en realidad era una península sumida en el descuido, la contaminación y la pobreza.

Recuerda ahora las noches en La Habana, recorriendo los centros nocturnos, bailando sonos cubanos hasta el amanecer, y recuerda sobre todo aquella discoteca, el *Turquino*, en el piso más alto de La Habana donde, a las doce de la noche, se abría el techo para que los asistentes bailaran bajo las estrellas. Desfilan por su memoria y su deseo los cuerpos hermosos de los y las cubanas, contorsionándose cachondos en cada baile.

Sonreía al recordar cuando se fue de *marcha* en Madrid. Y las largas caminatas nocturnas en el Sena, pues desde pequeña había deseado mucho, como tantos mexicanos francófilos, estar en París.



Y ahora se daba cuenta de que en casi todas estas correrías había estado felizmente sola.

En realidad sí había cambiado, le parecía ahora demasiado lejos la sensación de cuando era pequeña de ser como una gata. ¿Pero cómo era de niña? ¿Cuánto la habían amado? ¿Qué le habían enseñado? Cerró los ojos para mirar a la niña que parecía una gata.

El viaje por el desierto acababa de empezar y Eloísa ya tenía hambre. Después de la noche difícil en El Cairo, sentía un hoyo en el estómago; buscó en su mochila las bolsitas de fruta seca que compró en el mercado del *Carmel* en Tel Aviv: pistaches, rebanadas de plátano desecados, nueces de la India y ciruelas pasas; las masticó muy despacio, casi amorosamente, una a una, como anticipando que esa sería la única comida del día.

## LA GATA

Era una niña anoréxica, demasiado sensible, demasiado delgada, demasiado blanca y pecosa, con las piernas delgadas y el cabello lacio como hilos. Parecía una gata flaca. Casi siempre melancólica, siempre a punto de llorar si le hablaban fuerte o le llamaban por su nombre y no con el diminutivo cariñoso con el que acostumbraban llamarle sus padres. Recordaba cuando la llevaban de visita con amigos a los cinco años, y que era capaz de quedarse inmóvil durante horas sobre la cama para no alterar el cuidadoso arreglo del vestido esponjado y los moños en la cabeza que le hacía su madre como si jugara con una muñeca viva. Y los días en el jardín de infantes, donde era frecuentemente molestada por sus compañeros, y sus continuos lloros, y las profesoras que la defendían o la instigaban a defenderse, aunque no siempre con buenos

resultados. Le gustaba acordarse de cuando el presidente del país fue a inaugurar su escuela y le hizo una caricia en la mejilla.

Eloísa se acostumbró a ser tratada con cuidado por los adultos que la rodeaban. En cambio la relación con los niños y niñas de su edad era difícil debido a su hipersensibilidad: inevitablemente lloraba por todo. Entonces sus iguales le decían: “Escuincla chillona, consentida, insoportable”.

En la escuela primaria prefería pasar el rato leyendo en lugar de jugar en el recreo. Por las tardes, después de llorar a la hora de la comida por negarse a comer, pasaba las tardes tirada en la alfombra leyendo.

Al mes de haber recibido los libros gratuitos de la Secretaría de Educación Pública, estaban leídos, especialmente los de lectura, historia y ciencias naturales. Y cuando se aburría de leerlos una y otra vez, se divertía leyendo su enciclopedia *Lo sé todo*, su mejor amiga de infancia, con sus relatos de los mitos griegos, sus pasajes de la Biblia, los inventos y personajes históricos, entre otros, que alimentaron su imaginación infantil.

Por supuesto que, a falta de juegos, tenía calificaciones impecables. Pertenecía a la escolta, le otorgaban diplomas, y daba discursos infantiles en las ceremonias cívicas. Fue acostumbrándose a ser el centro de atención de los adultos, complacidos por su delicadeza y sus habilidades escolares. Sólo había algo que le gustaba tanto como leer: bailar.

Desde muy pequeña, Eloísa y su hermana Paz, un año menor que ella, asistían regularmente a clases de danza clásica y regional. Y aprovechaba las fiestas familiares para bailar o decir poemas. Fantaseaba con llegar a ser una gran bailarina o una actriz.

El autobús estaba por llegar a *al-Qantara*. El viento seco del desierto, *eljamsin*, volaba las túnicas de los árabes nómadas que pasaban cerca del camino. Qué lejos estaba de ser una bailarina profesional.

La gata llorona se transformó en una leona dedicada a defender a otras mujeres.

### LA PUNTA DEL ICEBERG: MUJERES VIOLENTADAS

Eloísa se sentía demasiado vieja al cumplir treinta años, le pesaban los límites impuestos a las mujeres. Sufría al comprobar cómo la vida femenina estaba siempre transida por la violencia de una sociedad que les impedía crecer y desarrollarse. Y cómo la violencia tenía diferentes rostros: la de la violencia ejercida desde las familias autoritarias, la de los medios de información —que las cosificaba y las convertía en mercancías de intercambio— y la violencia con rostro oscuro de la discriminación laboral y política. Le indignaba reconocer que para la mayoría de las mujeres la violencia sexual era como una *fatwa*, un destino.

Consideraba aberrante que casi todas las mujeres hubieran sufrido alguna experiencia sexual desagradable, pues tenían en su haber algún episodio de abuso sexual infantil o habían sido molestadas en la calle o en el transporte público, o eran hostigadas en la escuela o en el trabajo. Para muchas, la violación era su primera experiencia sexual y, para otras, el ejercicio de su sexualidad era casi siempre una imposición del otro. A ella, que amaba la sexualidad gozosa como el vehículo precioso para vincularse con la vida y con lo humano, le dolía hasta la médula descubrir cómo las condiciones de la sociedad patriarcal ancestral habían mutilado el deseo de las mujeres.

Se dijo entonces que no podía cumplir treinta años sin trabajar por la dignidad de la mujer. Ordenó su vida para organizar un centro de atención a personas violadas en su Universidad Nacional. Se volcó con pasión en este proyecto: buscó alianzas con otras mujeres, estudió el proceso histórico que hace de la mujer una víctima, entrevistó a cientos de mujeres, hizo alianzas políticas, se

sumergió en el feminismo académico. En poco tiempo logró formar el primer Centro de Atención a Personas Violadas en el Estado de México, donde se hacía investigación, docencia y servicio.

A medida que avanzaba en su investigación, Eloísa se indignaba cada vez más al comprobar, una y otra vez, cómo la violencia sexual era la punta del iceberg de la discriminación de las mujeres, y cómo el secreto y la complicidad social las mantenían en un estado de sitio no declarado.

Le cambió la vida. Ya no podía ver sino el lado oscuro de la luna: se le fue parcializando el juicio acerca de los hombres, hasta ahora sus cercanos. Llegó a tener como referentes sólo a los abusadores cínicos y a los controladores sutiles, entre estos dos polos no había lugar para otras categorías más humanas. Estaba metida hasta el tuétano en la mierda de los padres que violaban a sus niñas o a sus niños, a veces durante años, y el silencio muchas veces cómplice de las madres; en el horror de las esposas que aceptaban pasivamente la agresión cotidiana de sus maridos; y en la rabia, la rabia que sentía cuando las mujeres eran tratadas como parte del botín en los asaltos callejeros.

Avasallada por esta realidad, sólo los ratos de lectura de poesía nocturna la reconciliaban con la vida, y José Emilio Pacheco, Jaime Sabines, Rosario Castellanos y Joaquín Sabina se volvieron sus tablas de salvación para navegar en la oscuridad humana.

El Centro funcionó muy bien, le satisfacía ayudar a numerosas mujeres e infantes. También fue una manera de ayudarse a sí misma y fortalecer a la niña temerosa que aún llevaba dentro.

Años después, el programa dio nuevos frutos y Eloísa abrió el primer albergue para mujeres maltratadas en el país, en el municipio de Tlalnepantla, con el apoyo de su jefa, una mujer inteligente y poderosa, y del presidente municipal que, a pesar de ser miembro del partido oficial, era un hombre sensible que inició su gestión acunando este albergue. Le ayudaron también otras mujeres: su grupo de colegas amigas, la Federación de Mujeres Universitarias

y las estudiantes que la habían acompañado desde el inicio de su investigación.

Eloísa se metió en el lado oscuro de la luna. Cada día, durante tres años, se sumergió en la oscuridad de la vida en pareja, pulsó el collar de agravios contra las mujeres y luchó contra la incapacidad real y psicológica de las mujeres para romper con el maltrato y el peso apabullante de los condicionamientos sociales convertidos en infiernos cotidianos.

Muchos de estos casos terminaban en asesinatos de las esposas, y en algunos, después de varios años de maltrato, las mujeres desesperadas también mataban a sus parejas. En esa época escribió un poema, pensando en los infiernos domésticos: “En invierno”.

Te mataré en invierno  
para que no oscurezcas  
la primavera

Te daré de comer uñas molidas  
te romperé el amor a puñaladas  
te devoraré en trocitos

Con deleite criminal  
te arrancaré lo que te sobra  
serás parte de la mierda que respiro

Planeo el crimen  
mientras plancho tu camisa  
la misma excitación  
que te lamía el cuerpo

Seré tu viuda  
pagaré mi necedad de amarte  
con mi incontenible lujuria

Me dolerás como miembro amputado  
guardaré luto  
lloraré en febrero  
ya no serás poema

Limpia y podada  
floreceré de nuevo.

El albergue funcionó bien. Y había que seguir adelante. Se le presentó otra oportunidad: gracias a su trabajo, obtuvo el apoyo de otro hombre sensible y solidario: el procurador del Estado. Eloísa pudo realizar otro sueño: formar un amplio sistema de atención integral para las personas que sufrían violencia sexual y familiar en dicho Estado, el de mayor población en el país. Y nuevamente comenzó la aventura de crear un sistema funcional, que incluía diecisiete centros de atención médica, psicológica y legal que, desde la procuraduría, atendía y generaba políticas de prevención de la violencia contra las mujeres, y ahora sí con considerables recursos económicos y el apoyo político del gobierno de Estado.

Eloísa pensó que había cumplido el sueño de crear una alternativa, aunque fuera pequeña, local e incipiente para enfrentar la violencia contra las mujeres.

Habían sido diez años de intenso trabajo. Se veía a sí misma como una mujer exitosa. Era una alta funcionaria pública con todo lo que eso implicaba, pues trabajaba dieciocho horas al día. Había formado cuadros profesionales, pero sobre todo tenía el placer de crear, ayudar y atender. Además, le otorgaban espacios en los medios de comunicación y el reconocimiento social de propios y extraños. Su madre estaba orgullosa. Pero lo que más le gustaba era pensar que tenía muchos hijos.

Se sentía la “madre” de los programas que había construido en esos años: su programa universitario, el albergue del ayuntamiento y los diecisiete centros en todo el Estado. También se sentía un

poco la “mamá académica” de muchas alumnas y alumnos que habían pasado por sus aulas y que ahora eran profesionales que se comprometían con su trabajo en los albergues, tanto del Estado de México como del Distrito Federal. Perdió algunas amigas, las menos, en el difícil arte de la cooperación y la competencia entre mujeres, pero estaba rodeada de amigas y amigos que había cultivado en el camino, compartiendo ideas, proyectos, sueños y rebeldías.

Descubrió que el sistema penitenciario era ineficaz para combatir la violencia, a veces por falta de personal especializado y a veces por la corrupción, casi siempre por ambas cosas. Y por momentos, Eloísa se sentía abrumada por la frialdad de esa maquinaria que rozaba lo inhumano.

También tuvo que aprender que, a pesar del esfuerzo y la dedicación que había invertido en estos programas, éstos, como sus hijos, en realidad no eran suyos. Esto, debido a los cambios de administración política, municipal o federal, en que según la tradición política mexicana hay que borrar la historia de la administración anterior para reinventar todo cada seis años. De esta manera, ella tuvo que dejar “sus” programas, no sin rabia y con el dolor de dejar lo querido. “Dejar sus programas” era el eufemismo que utilizaba para decir que la corrían del trabajo cada vez que cambiaba la administración política.

La vida siguió y Eloísa paso al Distrito Federal, a trabajar en el primer gobierno elegido democráticamente. Le encomendaron crear un nuevo centro de atención, y nuevamente el reto, la entrega apasionada, el apoyo político, un nuevo hijo institucional, nuevas amigas, nuevos encuentros, así hasta que duró esa administración...

Pero después de tantas pérdidas, aprendió a soltar sin dolor, a sumar en lugar de restar, a apropiarse de las experiencias positivas y a dejar que fluyeran los aciertos y los desatinos del ejercicio gubernamental.

Reflexionó sobre todas las complicaciones que tuvo para conciliar su pasión por el trabajo a favor de las mujeres, y cómo inexorablemente se le deshizo su familia entre las manos.

El camioncito en medio del desierto se volvió silencioso, algunos de sus compañeros de viaje se quedaron dormidos, arrullados con el movimiento monótono del camino y aburridos del paisaje vasto, amarillo, estéril. Eloísa no pudo dormir, sentía una ansiedad en el centro de su pecho provocada por el viaje interno a su pasado. Se preguntaba quién era ella en realidad, a dónde iba.

### UNA BODA TEMPRANA

Eloísa decidió no abortar, pues a una de sus amigas que había abortado dos veces le lastimaron la matriz y ya no pudo tener hijos, y porque su vecina había muerto de un aborto mal practicado. A sus veinte años, con un aborto en el pasado, pensó que sí quería tener hijos.

Reflexionó que ninguna mujer aborta por gusto o como método anticonceptivo, sino porque a veces no les queda otro remedio, es una solución extrema; pensó que mientras no existan políticas públicas efectivas de salud reproductiva muchas mujeres seguirán abortando, arriesgando su vida en abortos clandestinos. También pensó que la mayoría de las mujeres que abortan sentían un dolor íntimo, primario, desgarrador, oculto.

Eloísa enfrentó su embarazo precoz. No quería casarse, le parecían obsoletos los rituales nupciales. Le pesaba la vergüenza de embarazarse prematuramente, después de contar con toda la información necesaria —había usado anticonceptivos— y pertenecía a una familia donde la sexualidad no era un tabú; además, estaba a la mitad de su carrera universitaria. Le pesaba sobre todo no haber sido asertiva.



Su novio era el típico chico que los padres odiarían para sus hijas: cínico, *hippie*, sin trabajo, aficionado a las drogas y al alcohol, no obstante ser estudiante de la UNAM y, en realidad, buen joven.

Lo importante es que ella lo amaba, quizá menos por sus encantos que por el efecto que causaba en sus padres. Después de un noviazgo de dos años, en su periodo de descanso de uso de píldoras anticonceptivas, se embarazaron. Y después de cinco meses de angustioso secreto, se escaparon juntos. Se sentía *Ruby Tuesday*.

Prefirió dejar la escuela y escapar antes que verse derrotada ante sus padres. Y hubo días sin casa, con hambre. Eloísa recordaba sus desmayos debido a la anemia provocada por los años de anorexia. Pero después de un breve tiempo, obligada por sus problemas de salud, Eloísa regresó a la casa paterna con su joven marido. Sus padres la recibieron amorosa y solidariamente, pero los presionaron para que se casaran, arguyendo motivos legales de protección para el nuevo bebé. A regañadientes, Eloísa aceptó la boda prematura.

Su madre pensaba que era un error casarse por embarazo: “Sólo estás cambiando de enemigo”, le dijo. Y muy pronto Eloísa entendería la severa sentencia de la madre.

Hubo boda, invitados, el primer departamento lleno de carencias, cama en el piso, fiestas con los amigos y muchas esperanzas de vivir la vida en pareja de manera diferente. Después, un parto difícil y mal cuidado. Eloísa dio a luz a una hija que le trastocó la vida; la llamaron Jessica, como la heroína libertaria de una novela futurista. La amaba entrañablemente y se volcó en cuidados. Muy pronto le quedó claro que esa niña, como a muchas otras de su generación, podía tener una vida mejor como mujer. La psicología y el feminismo la guiaron para educarla en la seguridad, la libertad, donde no hubiera espacios para el miedo o el prejuicio.

Bajo el peso de la responsabilidad, su joven e irreverente esposo se volvió formal y decente. Entró a trabajar en una empresa con el suegro, dejó la universidad, se puso corbata. Con inteligencia y

tenacidad, en poco tiempo se convirtió en un responsable y convencional esposo y padre de familia.

Aunque se amaban, los prejuicios de género y la lucha por el poder doméstico los fueron minando. Y las cosas se pusieron difíciles. Él esperaba que ella sólo fuera una linda y educada ama de casa, seria y recatada, y que se transformara en amante desbocada cuando él lo decidiera. Le exigía que dejara la escuela, los libros, los amigos. Casi celópata, su amor se convirtió en infierno, en un tálamo de hielo.

Muy pronto, Eloísa se dio cuenta de que su madre tenía razón. De cualquier forma, acostumbrada al desafío, durante catorce años intentó —y ciertamente ambos intentaron— infructuosamente, negociar, ceder, cambiar. Se alejaron, se volvieron extraños. Mientras tanto la hija creció alegre, amable y simpática, en medio de juegos, libros, clases de baile, juguetes; disfrutando de su condición privilegiada de ser la única nieta, la única sobrina, la hija única. Años más tarde, después del impacto de la muerte de su padre, Eloísa decidió tener otro hijo; le parecía injusto que su amada hija tuviera que crecer sola. Recogió el deseo de su marido y se embarazó nuevamente.

Eloísa decidió ser madre de tiempo completo, renunció a la universidad y se entregó al cuidado y a los mimos de su nuevo hijo, Gabriel, el mismo nombre de su querido García Márquez.

Secretamente alimentaba la fantasía de tener una familia feliz, como todas las mujeres: tener hijos, casa, auto, perro y un marido que la amara sobre todas las cosas. “¿Por qué mencioné al marido después del perro?”, se dijo con sorpresa. Eloísa pensó que quizás en el fondo tenía vocación de soltera. ¿Por qué se había casado?, ¿acaso para escaparse de su casa, como muchas adolescentes de su época?, ¿no había otra posibilidad para las mujeres jóvenes de ser libres y tomar sus propias decisiones? Una verdad profunda surgía desde los años desérticos de su matrimonio: no fue feliz, la comodidad doméstica no le alcanzó para olvidar sus alas. Los

últimos tiempos de sus catorce años de vida marital se convirtieron en meses de dolor y decepción, las noches fueron sólo discusiones interminables hasta el amanecer. Entendió que el amor no es suficiente para mantener una relación de pareja.

Tardíamente, pero no demasiado, Eloísa y su esposo asumieron que tenían diferentes e incompatibles maneras de mirar el futuro. Fieles a su amor inicial, se separaron para buscar cada uno su camino.

La sequedad en la boca la obligó a mirar tras la ventana. El sol amarillo y poderoso incendiaba el autobús haciendo más evidente la falta de aire acondicionado. El ambiente era caliente y pesado, gotas de sudor le perlaban la frente. Rememoró su costumbre de tirarse al sol durante horas, ya sea en los jardines de la universidad en las horas sin clase, en alguna playa o en el pequeño patio trasero de su casa; el sol la confortaba, llenándole de luz y energía cada poro de su piel, necesitaba el sol para sentirse viva. En cambio, cuando estaba nublado o en los días invernales de la ciudad de México, con su omnipresente cielo como techo gris-amarillento contaminado, a Eloísa le entraba una tristeza infinita, ancestral, enfermiza. Pensó que no podría vivir en un lugar sin sol.

En cambio, en esa parte del desierto las dunas estaban cubiertas de arena roja, caliente, viva.

El desierto se volvió rojo, era ese su color preferido en la adolescencia. Se le vino a la mente su primer vestido largo de fiesta, rojo, con un amplio escote muy ceñido al cuerpo. Su adolescencia se le vino encima.

## LOS PRIVILEGIOS DEL CUERPO

Cuando salió de su casa esa mañana y se encontró con aquel vecino, un atractivo señor de veintisiete años en su auto deportivo azul,

éste le dirigió una extraña mirada que le recorrió el cuerpo. Se dio cuenta de que algo había cambiado. Era la primera vez que un hombre la miraba de manera sexual. Se dio cuenta de que su cuerpo había cambiado. A sus trece años se le habían redondeado las caderas, tenía los pechos pequeños y redondos y una cintura pequeñísima. Empezó a prestar atención a lo que la gente decía acerca de su cuerpo: “la niña creció”, “esta hecha una mujercita”, “tiene cinturita de avispa”, eran algunas de las frases más comunes que decían las amigas de su madre.

La primera vez que Eloísa se miró desnuda ante el espejo, la imagen que le reflejó el espejo le gustó. Encontró que su piel era blanca y suave, le gustaban sus ojos grandes y oscuros y su nariz pequeña. Como todas las adolescentes, estaba preocupada por averiguar si era atractiva o no, le parecía que su pelo seguía siendo horrible y, por lo tanto, dedicaba buena parte de su tiempo a tratar de amansarlo con aceites, masajes y cortes especiales. Y empezaron los perfumes, las cremas: una especial para los pies, otras para el cuerpo, la cara, las manos. Y la ropa de moda y todas esas fruslerías. Las clases de baile le dieron un andar suave y delicado.

Sin embargo, no pensaba que fuera especialmente atractiva o bonita. Fue muchos años después cuando se sintió cómoda con su físico. Pero la obsesión por su imagen corporal la perseguiría toda su vida. En su familia había una sobrepreocupación por el aspecto físico, siempre había que estar delgada, bien peinada, bien vestida, hacer dietas, bailar, hacer ejercicio, en fin, *ser una linda y grácil damita*. Después de todo, no estaba nada mal tener un lindo cuerpo, es más: tenía sus privilegios. Su apariencia física le daba seguridad, también se sentía bien con su inteligencia y con su excelente memoria, de tal manera que el difícil trance de la escuela secundaria le resultó, en realidad, altamente placentero.

Trataba de recordar cuándo habían aparecido *los otros*, los hombres, y cómo fueron convirtiéndose en un elemento importante para reafirmar su sensación de aceptación en el mundo.

Rememoró cómo la mayoría de sus compañeros la cortejaban, la seguían, le daban regalos, y ella se paseaba por el patio de la escuela con su sonrisa inevitable sintiéndose amada. Recordó al niño que le enviaba poemas, a otro que le hacía alguna tarea difícil, al que le cargaba los libros, y al que las llevaba a casa en auto. En la secundaria, era la consentida de los profesores; se sentía orgullosa de pertenecer a la escolta y llevar, en los desfiles, una falda escolar muy corta que no sólo dejaba al descubierto parte de sus muslos sino que permitía adivinar muy bien la redondez de sus caderas, una redondez acentuada por el ritmo armonioso de sus pasos.

Sin embargo, algo en esa escuela y en el mundo no estaba nada bien.

Esa escuela secundaria era *sui generis*. Aunque era una escuela oficial gratuita, estaba ubicada en una de las zonas de mayores ingresos económicos de la ciudad de México: las Lomas de Chapultepec. Era una escuela pequeña de alto nivel académico, por tanto los estudiantes que iban allí, también eran muy particulares. Por un lado iban los niños ricos, es decir los varones que habían sido expulsados de las escuelas particulares de la zona y, por lo general, malos estudiantes; otro grupo era el de los hijos e hijas de las trabajadoras domésticas de la zona, muchas veces con padres ausentes; y, por último, el grupo más pequeño, conformado por niñas y niños de clase media que no pertenecían a esa zona, pero que viajaban hasta allí por su alto nivel educativo.

Eloísa descubrió ahí lo que era la discriminación. A la hora de la salida, que era el momento más importante para que los estudiantes socializaran. La mayoría de los niños ricos tenía autos con aparatos de música que oían a todo volumen con las puertas abiertas, tenían además el dinero suficiente para comprar hamburguesas y bocadillos que vendían en una cafetería cercana a la escuela, que era el lugar de encuentro para muchachos y muchachas.

En esa cafetería, Eloísa vio algunas de las escenas más desagradables que la acompañarían toda la vida. Muchas veces los niños

ricos, mientras se compraban lo que querían, se divertían molestando a los pobres. Normalmente tenían algunas víctimas a los que llamaban *nacos*, *negros*, *muertos de hambre* e *indios*, mientras se reían y los empujaban. Las mujeres, en cambio, eran atacadas con epítetos como *nacas* y *gatas*, que quería decir “sirvientas despreciables”. A algunos les decían que daban asco y cosas por el estilo.

Pero hay dos escenas que Eloísa recordaba con claridad: una, a la salida, cuando por lo general los estudiantes tenían hambre, uno de los niños pobres se comió una servilleta de papel aderezada con salsa catsup y mostaza; la otra, una tarde, entre juegos y risas, los ricos aventaron monedas con un gran despliegue de desprecio a los pobres, que las recogieron sin pudor, aunque no sin odio, y se compraron refrescos.

Ese día Eloísa sintió una rabia y un dolor en el estómago que no podía explicar, el mundo le pareció injusto y hostil.

Estaba muy enojada por la prepotencia y estupidez de los niños ricos, pero le indignaba mucho más la sumisión de los pobres. Por supuesto que no todos los niños eran así, pero a sus trece años entendió que las diferencias económicas, de color y de estatus implicaban una diferencia de trato.

Aunque Eloísa y sus amigas, su hermana y los otros clasemedios no eran aceptados en el grupo de los ricos —ni en el de los pobres—, por lo menos no eran agredidas. Más aún, debido a su linda figura y a la belleza de sus amigas, ambos grupos de chicos tenían un trato preferencial hacia ellas. Pero a Eloísa no le halagaba el trato de esos pequeños ricos maleducados. Por primera vez se sintió también discriminada, cosificada, parecía que su valor residía en sus piernas o en su trasero. Se preguntaba qué hubiera pasado si tuviera la piel más oscura y su madre fuera una trabajadora doméstica, ¿acaso no importaban sus valores, sus sentimientos, su inteligencia o la de los otros? ¿El valor más importante era el dinero? Se juró, un tanto dramáticamente, que nunca permitiría

ser discriminada ni maltratada, pero que el cuerpo, un cuerpo bien cuidado, tenía sus privilegios.

Su relación con el cuerpo se tornó complicada, por un lado disfrutaba mucho del placer que provenía de él, cuando lo cuidaba y lo masajeaba con cremas y aceites perfumados o cuando se acariciaba y sentía un gusto netamente corporal, íntimo; pero también le causaba placer ser mirada y apreciada y, al mismo tiempo, odiaba ser considerada sólo un cuerpo. Quería que le miraran la inteligencia y la vivacidad que creía tener, pero el mensaje que recibía era: es más importante ser bonita que ser lista. Que complicado le parecía el mundo: “¿ser bonita significaba ser tonta, y entonces las listas eran feas?, ¿qué no había otra manera de ser?” Entonces pensó que si no quería ser discriminada tendría que estudiar mucho y cuidarse el cuerpo.

A las clases de baile seguían los juegos de matemáticas, las tardes encerrada con sus libros y los poetas románticos que alimentaban sus fantasías de aventuras y conquistas amorosas y académicas. Su cabellera y su cuerpo se convirtieron en el termómetro con el que medía su integración al mundo: delgada y pelo largo y rizado cuando era feliz; y pelo corto y subida de peso cuando las cosas no andaban bien.

Años más tarde, el cuerpo se le quebró. Fue en la época de trabajo intenso. Los excesos de estrés, tabaco y nicotina, más su dolor interior, le provocaron dos preinfartos, y entonces tuvo que iniciar un programa de entrenamiento formal para fortalecer su corazón. Y, consecuente con sus efímeras entregas pasionales, hubo épocas de natación intensa, otras en las que se volvía corredora, karateca o practicante de Tai Chi, y bailaba, bailaba siempre. Alguna vez escaló una montaña en el desierto del Neguev en Israel. Pero siempre volvía al tabaco y al desorden alimentario. Todas sus pasiones le duraban tan poco, después de entregarse totalmente a un nuevo campo, a una nueva aventura, a una nueva relación, a

un nuevo deporte, a un nuevo trabajo, cuando ya lo conocía bien y dominaba esa habilidad, se aburría; le venía de nuevo esa sensación de vacío, de orfandad que no lograba extirparse.

El desierto se llenó de luz, una manada de camellos blancos caminaba lentamente a un lado del camino, eran tan dulces y apacibles que se sintió llena de paz, como en el seno de su familia. Pensó que ciertamente muy pocas personas tienen la fortuna de crecer en una familia amorosa como había sido la suya. Eloísa se creyó afortunada.

### UNA FAMILIA NUTRIENTE

La familia de Eloísa no era una familia de tantas, aunque por su tamaño era bastante típica. Su padre, Vicente, era un ciudadano que, por convicción, desde muy joven había elegido la carrera de las armas; además de tener un grado militar, había estudiado ingeniería industrial. Eloísa lo veía fuerte, guapo (tenía los ojos grandes, oscuros y dulces como los árabes) y, sobre todo, poderoso. Muchas veces se comportaba como un patriarca militar, a la usanza más mexicana, violento e intransigente, pero al mismo tiempo era encantadoramente paternal, cariñoso y solidario.

Su madre, María, era una profesora rural de Jalisco, fuerte, sabia, práctica y sensata. Era bonita y, como Eloísa, tenía muy buen cuerpo. Su enorme sentido del humor la hacía más hermosa y hacía más fácil la vida de su familia. Era amable, tenía muchas amigas. Siempre estaba cantando: si estaba alegre, las canciones eran festivas; en los tiempos malos, tristes. Pero siempre cantaba. Los padres de Eloísa se amaban, después de veinte años de casados caminaban tomados de la mano, se besaban, salían juntos, se divertían como pareja. Y ambos compartían el amor y el cuidado de sus seis hijos a los cuales defendían como leones.



Eloísa se sentía muy segura en su familia, además de sentir la certeza del amor de sus padres. Vivían en un lugar privilegiado, seguro. Como su padre era militar, pasó toda su infancia viviendo en un departamento de la zona residencial militar, en la delegación Miguel Hidalgo, en el Distrito Federal, que aunque no era un sitio elegante, era el mejor lugar para crecer como niño. Los edificios y las casas estaban rodeados de árboles y jardines, había toda clase de juegos infantiles, lugares para hacer deporte, andar en bicicleta, patinar y una academia de baile. El lugar esta permanentemente vigilado por soldados, que aunque les parezca extraño a los no militares, eran amables y cuidadosos con los niños y niñas del barrio. Eloísa se sentía viviendo en una isla fantástica fuera de los peligros del mundo exterior. Esa necesidad de refugiarse en una isla, alejada de la realidad sería una constante en su vida; muchas veces prefería encerrarse, distanciarse de un mundo que consideraba hostil.

A los ocho años, Eloísa podía pasarse horas enteras tirada en el llano que había atrás de su casa, imaginando formas en las nubes mientras se preguntaba si en realidad existía Dios. Muchas tardes esperó para ver si tendría alguna prueba de la existencia divina. Le entró esa necesidad cuando los Reyes Magos no le trajeron una bicicleta en Navidad, a pesar de su brillante trayectoria escolar. Un día se dijo: “Si existe Dios, es un Dios injusto. ¿O será que en realidad no existe?” Desde entonces se le quedó una orfandad más terrible, fue la huérfana de dioses.

Aunque era una familia clasemediera, había dinero suficiente para comer bien, algunas diversiones y una muda de ropa a la moda, según la temporada. No alcanzaba el dinero para más, tampoco para menos. En su infancia nunca tuvo a tiempo sus útiles escolares. En una quincena compraban los libros para los hijos, en la otra los cuadernos, en la siguiente los uniformes. Cuando obtuvo su primer diploma en primer año, entonces tuvo de regalo su primera caja de colores, hermosos, suaves con su caja dura de terciopelo rojo.

Su escuela primaria oficial y gratuita, era de cuento, quedaba muy cerca del edificio donde vivía, con un inmenso jardín alrededor que tenía en un extremo una pequeña casita de ladrillos rojos, como la de Blanca Nieves, y un caminito de grava roja que llegaba hasta la entrada de la escuela, como el de la canción de Cri-Cri. Dentro, las aulas eran grandes e iluminadas, tenían el olor a madera de los lápices cuando se les saca punta. Lo que más le gustaba era un teatro al aire libre, en el patio posterior de la escuela, con su foro blanco y sus bancas de cemento, donde se realizaban los festivales escolares, en los que invariablemente participaba.

Todas las mañanas oía desde su casa el tañer de la campana de la escuela que anunciaba la hora de entrada, Eloísa salía entonces corriendo con sus hermanos para empezar las actividades escolares.

Tenía cuatro hermanos, el primero, un hombre, Leonel, que físicamente era igual al padre y consentido de su madre; Eloísa, la segunda; luego su hermana Paz, y el pequeño Carlos. Había un año de diferencia entre ellos, lo cual los hizo muy cercanos: no necesitaban otros niños para jugar. Durante mucho tiempo se bañaron juntos. Varios años después, cuando la madre ya se creía menopáusica, nacieron otros dos: Reina y Luis.

Sus padres eran cinéfilos, varios días a la semana iban al cine y dejaban a sus cuatro hijos al cuidado de alguna trabajadora doméstica. Muchas trabajadoras y nanas pasaron por su casa. Y entonces ellos eran absolutamente libres, corrían, jugaban a las escondidas, a las luchas, organizaban partidos de fútbol en la sala. Lo mejor era los domingos, cuando sus padres se quedaban en cama hasta muy tarde y ellos acampaban en la sala: hacían tiendas de campaña con cobijas y palos de escoba y desayunaban sándwiches de pan Bimbo con polvo de Choco Milk. Sólo en su primera infancia los domingos fueron divertidos; a medida que creció, se tornaron aburridos, tristes, previsibles, vacíos.

La relación tan cercana con sus hermanos en la primera infancia los amistó para siempre.

Eloísa tenía una relación muy estrecha con su padre. Era la preferida, la quería intensamente. Aunque era cariñoso y paternal con todos sus hijos, ella tenía un trato privilegiado: “heredaba” el portafolio cuando el padre compraba uno nuevo. Y cuando cambiaba de trabajo, la llevaba para que conociera su nueva oficina y la presentaba a sus compañeros. La mimaba demasiado; con una sonrisa de complicidad le decía: “Eres insaciable e ingobernable. Niña, te vas a hacer la vida difícil”.

Su madre en cambio no la mimaba tanto, poniendo un poco de cordura a los cuidados del padre. Frecuentemente la regañaba por negarse a comer y le exasperaba que Eloísa llorara todo el tiempo. Los diálogos cotidianos a la hora de la comida o de la tarea eran:

—¿Por qué lloras, Eloísa?, ¿no te estoy haciendo nada!

—Es que me hablas fuerte y me siento triste. Me asustas.

Cuando Eloísa empezó a crecer, ella y su madre se fueron acercando. Se hicieron confidentes. La madre le contaba cuando las cosas no estaban bien en la familia. Y Eloísa dejó las lecturas infantiles para monitorear lo que pasaba entre sus padres. Una vez intuyó una supuesta infidelidad del padre y se sintió traicionada. En un acceso de furia tiró la argolla de matrimonio a la calle, sin que nadie lo notara. Guardó silencio cuando su madre, furiosa, le reclamaba al padre por el anillo, y el esposo juraba y juraba que lo había perdido. Sólo muchos años después Eloísa le contó a su madre lo sucedido.

Eloísa era una especie de experimento para sus padres, y como buenos lectores insaciables, estaban transidos por los textos y los vientos de cambio de la década de los sesenta. La educaron, más que a sus otros hermanos, de manera liberal y feminista. Le decían siempre que lo más importante en la vida de una mujer era ser inteligente, estudiosa, trabajadora, profesionista; había que ser por lo menos química o ingeniera y estudiar posgrados en el extranjero.

Eloísa no tenía que hacer labores domésticas, ni siquiera arreglaba su cama. Su madre le decía:

—¡Deja eso, no hagas nada! Eso es para mujeres que no estudian y tienen que quedarse en casa cuidando niños. Vete a leer.

Lo decía sin amargura, ella no se pasaba el tiempo lavando y cuidando niños. Era de la Sociedad de Padres de Familia de la escuela y organizaba actividades sociales. Amaba la estructura militar, los uniformes, el poder. Disfrutaba de las actividades manuales: pintaba, hacía juguetes, decoración, tejía, leía poemas y cuentos a sus hijos. En el fondo, Eloísa pensaba que su madre habría preferido ir a la universidad y trabajar fuera de casa o ser una oficial militar.

Su padre era más *feminista* todavía. Eloísa sonrió al recordar cuando, en cuarto de primaria, tuvo que hacer un discurso para la ceremonia escolar de los lunes; el padre le ayudó o se lo hizo, y era un discurso absolutamente feminista, de mujeres para mujeres. El texto era un recorrido por todas las heroínas mexicanas, redactado en género femenino. ¡Fue un revuelo! Los profesores hombres se sentían ofendidos y las mujeres estaban encantadas. Eloísa pensó que eso del feminismo estaba bien. Y así su padre se fue convirtiendo en una especie de cómplice en sus aventuras libertarias. En broma le decía:

—No me causes el inmenso dolor de ser una ama de casa.

Eloísa se reía y le decía:

—No te preocupes, seré azafata, para viajar por el mundo.

—No, es poco elegante —replicaba su padre.

—Bueno, actriz de cine.

—No, te volverás loca.

—Directora de cine.

—No, no podemos costearte esa carrera.

—¿Te parece bien bailarina clásica?

—No, ya perdiste años de entrenamiento.

—¿Escritora?

—No, te morirás de hambre.

—Está bien, no sé lo que haré, padre, pero te aseguro que no seré sólo ama de casa.

Cuando Eloísa se hizo adolescente, sus padres no estaban tan seguros de darle todas las alas que le habían prometido.

Aunque Eloísa estaba muy agradecida por los cuidados y el impulso que le dieron sus padres, también sentía una carga sobre sus hombros. Tenía que responder a las expectativas que tenían sus padres sobre ella. ¿Por qué no podía ser actriz, bailarina o escritora? ¿Por qué, a pesar de tantos mimos, en realidad Eloísa no podía elegir su futuro? ¿Se preguntó hasta cuándo eligió lo que quería? o ¿seguía actuando según las circunstancias? En realidad, ¿qué tanto elegíamos los humanos? Eloísa esperaba, al final de su travesía por el desierto, tener algunas respuestas.

En su familia extensa sus dos abuelos estuvieron ausentes. El abuelo materno era músico de pueblo, filarmónico, tocaba los domingos con la banda de Arandas, Jalisco. Murió muy joven de un infarto, cuando la madre de Eloísa era pequeña. A Eloísa le gustaba pensar que había un artista en la familia.

Su otro abuelo era marino. Un capitán de fragata que prefirió surcar los mares a quedarse en la ciudad de México con su esposa y sus dos hijos. Venía durante las navidades cargado de regalos para la familia, con curiosidades y novedades del mundo. Era un aventurero misógino, cada fin de año sólo recordaba el nombre de sus nietos, no así los de sus nietas. Pero siempre les contaba historias extrañas sobre sus viajes. Eloísa le heredó lo viajero.

Las abuelas no eran mujeres tradicionales. Mike, la viuda, tuvo que trabajar de obrera para mantener a sus tres hijos. Era fuerte, firme, ruda, práctica y batalladora; jamás la vio triste o deprimida. En la familia de su madre, provinciana, casi todas las mujeres eran viudas. Su madre le decía con sentido del humor: “En esta

familia no nos divorciamos, los enterramos”. Eloísa se reía divertida, sin entender la complejidad del mensaje.

La abuela Maty, en cambio, era una abuela de cuento infantil tradicional, pero al mismo tiempo la directora de un jardín de infantes. Eloísa disfrutaba enormemente cuando la visita en su escuela y la dejaba sentarse en su escritorio. Cuando la visitaba en su casa, la abuela le escribía poemas, le contaba historias, la dejaba revisar sus tesoros, guardados en cajitas dentro de su ropero: el primer rizo del padre de Eloísa, fotos amarillentas de la familia, recortes de periódico con noticias interesantes o poemas recién publicados, su foto con el presidente López Mateos, los regalos del abuelo.

En su condición de mujer trabajadora en los cincuenta, tenía una cantidad de zapatos, ropa, collares y perfumes, que Eloísa podía probarse cuando estaba en su habitación.

La abuela Maty vivía con sus tres hermanas que, por diversas historias, estaban solteras y sin hijos: las tías. Eloísa las recordaba como de cuarenta años y que eran divertidas. Todas trabajaban, y los domingos organizaban tertulias fascinantes en su gran casa de la colonia Marte, con tíos y nietos, cocinaban, tomaban algunos tequilas, bailaban y decían poemas. Era el momento para que cada uno de los nietos, diez en total, pasaran al centro de la sala a recitar su poema favorito. El de Eloísa era uno de Rubén Darío:

Éste era un rey que tenía  
un palacio de diamantes  
una tienda hecha del día  
y un palacio de elefantes.  
Un kiosco de malaquita,  
un gran manto de tisú,  
y una gentil princesita,  
tan bonita, Margarita,  
tan bonita como tú...

Así desfilaban los nietos con Amado Nervo, Martí, Bécquer, Espronceda y López Velarde en la memoria. La tía Mara recitaba *La chacha Micaila* y, con lágrimas en los ojos, todos aplaudían conmovidos. La tía Virginia era medio bruja, les leía la mano y les contaba cuentos de fantasmas. Eloísa amaba a esa familia.

Mientras tanto, el autobús había llegado al Canal de Suez, donde se bajaron un rato y Eloísa tomó ese pequeño café turco y pesado que tanto le gustaba. A su alrededor había varios hombres árabes que también esperaban turno para subir al maltrecho transbordador que los llevaría al desierto israelí. Reconocía el origen de esos hombres morenos por su vestimenta: los de túnica a cuadros rojos eran jordanos; los de túnica blanca con negro, palestinos; y kipás y túnicas blancas para los musulmanes tradicionales. Apenas los miró. Estaba ensimismada, como autista, haciendo un recuento de su pasado.

## LA ADOLESCENTE TRANSGRESORA

Eloísa se fue transformando a medida que pasaban los años. En la secundaria se sentía muy segura de sus capacidades físicas e intelectuales. Se sentía querida por las personas que la rodeaban. También era muy popular entre los chicos de la escuela y con los vecinos, que la buscaban, la cortejaban, le regalaban cosas, la invitaban. Y empezaron los juegos amorosos. Cambiaba de novio cada vez que quería y siempre tenía algún chico guapo para complacerla. Eloísa se divertía en su búsqueda del príncipe azul, un joven apuesto que la considerara su *princesita para ser felices siempre*. Pero en realidad no tomaba en serio a ninguno. Su madre, al mirar el desfile de amigos, pretendientes y novios que iban a visitarla, le decía:

—Eres una loca. ¡No puedes ir por la vida jugando con los sentimientos de los muchachos! Ten cuidado que todo se paga en la vida.

Eloísa no tomaba muy en serio las recomendaciones de su madre. Su padre, en cambio, disfrutaba el éxito social de su hija, ya que le gustaba ver cómo se había convertido en una linda señorita con posibilidades de decidir con quién se relacionaba.

—Tienes que ser muy inteligente —le decía el padre entre risas y apapachos—, los hombres somos unos cabrones. Estudia mucho, sé independiente para que ningún patán te maltrate.

De cualquier forma, Eloísa quería ser una mujer independiente, aventurera y exitosa, y no le preocupaban en gran medida los novios. Pensaba que los hombres siempre estaban disponibles. Más tarde descubriría que la mayoría sólo está disponible para ciertas cosas.

Aunque todo funcionaba bien a su alrededor, no se sentía feliz. Algo no funcionaba en el mundo.

Su mundo feliz estaba lleno de contradicciones. La más grave fue en el 68. En esa época, aunque Eloísa sólo tenía diez años, podía darse cuenta de que algo muy grave sucedía en la sociedad en ese tiempo. Su padre, maestro de la UNAM, había asistido a la célebre “Marcha del silencio”. Cuando regresó a casa y le contó a la familia todas las dificultades del movimiento estudiantil, fluyeron los argumentos de sus padres a favor de los estudiantes. Sin embargo, como su familia vivía en la zona militar, allí circulaba información más o menos confidencial. Antes del 2 de octubre, los padres que tenían hijos universitarios o preparatorianos les pidieron que no fueran al mitin, aunque no les decían porqué, sólo que era muy peligroso; las madres asustadas resguardaron a sus hijos. Al día siguiente de la matanza de Tlaltelolco no hubo clases, y Eloísa y sus amigas salieron de sus casas para ver qué averiguaban en el barrio. Entonces las niñas vieron aterrizar un helicóptero militar en un llano de su colonia; se acercaron y pudieron ver cómo los soldados bajaban a varios muchachos ensangrentados para llevárselos a alguna parte. Eloísa corrió llorosa a su casa, angustiada. El ambiente allí, como en la ciudad, era de desconcierto, de duelo,



de rabia. Días después la abuela de su mejor amiga, que vivía en Tlaltelolco, les contó cómo había escondido a tres estudiantes para que no los detuvieran, los mataran o los desaparecieran. Fue la primera vez que el mundo se le desordenó por cuestiones políticas. Le dio vergüenza vivir donde vivía. Muchos años después Eloísa renegó de su país que masacró a los estudiantes en el 68 y en el 71 por expresar sus diferencias con el gobierno.

Durante la adolescencia, leyó todos los artículos, libros y revistas sobre el movimiento estudiantil; tenía la cabeza llena de ideas y de las lecturas de Nietzsche, Dostoievski, Hess, Gorki, Kafka, el Che Guevara, las feministas, la revolución sexual, muchas de las cuales no entendería a cabalidad sino hasta sus años universitarios. Pero ya no le gustaba el orden de las cosas. Se volvió rebelde.

Tenía que cambiar y empezó con su cuerpo. Se cambió el pelo, se lo rizó a la usanza de Angela Davis, la líder comunista estadounidense. Dejó la ropa de moda para enfundarse en los omnipresentes pantalones de mezclilla y las blusas que hacían los indígenas de los años setenta. Desdeñó a los niños guapos de su edad, que le parecían insulsos y cuadrados, para preferir a los universitarios revolucionarios. Recordaba cómo había *cortado* a su primer novio oficial —de buena familia, hermoso, educado y que le escribía poemas— porque era demasiado guapo y perfecto.

Tenía necesidad apremiante por alejarse de la comodidad de una familia bien estructurada.

Comenzó a fumar, a ir a las primeras fiestas con alcohol, y a llegar tarde a casa por salir con muchachos. Por cada infracción al reglamento familiar, le correspondía una pena de encierro en su habitación, directamente proporcional al tamaño de la falta: un día, una semana, un mes, dos meses, además del collar de recomendaciones, súplicas y consejos que Eloísa ya no escuchaba. Lo bueno de cada castigo era que podía recluirse a leer como monja, sin ser molestada.

Lo que sus padres no podían permitir era que Eloísa, a sus quince años, empezara a noviar con el único hombre casado que existía entre los muchachos cercanos de su colonia. Efectivamente, era un estudiante de medicina ocho años mayor que ella y que dos años atrás se había casado por embarazar a la novia. La boda no funcionó y él regresó a vivir con sus padres, aunque legalmente era casado. En la colonia, los vecinos se desgarraron las vestiduras. Eloísa era, por lo menos, una loca, una pecadora, una rompedoras, y demás epítetos usados por las buenas conciencias. Vinieron el encierro, la vergüenza familiar, los regaños, los chantajes y el cambio de escuela.

Eloísa estaba, por primera vez, profundamente enamorada. Y cada que podía se escapaba de casa para encontrarse con su amado, y se sentía viviendo un amor imposible, lo que alimentaba sus fantasías literarias. Estaba dispuesta a todo por defender su gran amor. Pero sucedió que el estudiante era un buen muchacho, tierno, dulce, amable, solidario y, gracias a la insistencia de Eloísa, sus padres y la familia no sólo lo aceptaron sino que lo consideraron uno de los suyos. El muchacho se divorció y la familia vio con buenos ojos que ese imposible amor terminara en boda.

Eloísa pensó: “¿Por qué desde pequeña tenía esa fascinación por los amores imposibles, marcados por la tragedia?, ¿por qué no se conformaba con las relaciones suaves, estructuradas, seguras? Tenía una extraña predilección por el peligro y el escándalo, le gustaban las tormentas pasionales, y luego se asustaba de la devastación que provocaba.

En la preparatoria, en lo que menos pensaba Eloísa era en casarse. Estudiaba mucho y decidió ser psicóloga para entender el comportamiento humano. Tenía tantas dudas. ¿Por qué había gente agresiva, mientras otros eran amables? Desde el punto de vista de la complejidad cerebral, ¿eran diferentes las mujeres y los hombres? ¿Las personas son como son o se van transformando por su deseo?

Sí, estaba más enamorada del conocimiento y de sus dudas.

En la nueva escuela tenía muchas amigas, se divertía mandando mensajes secretos en griego. Y nuevamente los chicos que la buscaban la enamoraban, la cortejaban y ella se divertía, los aceptaba o los alejaba según sus humores cambiantes.

Había un grupo que realmente le interesaba, el grupo hermético de los chicos malos de la escuela. Esos hombres sólo se relacionaban entre sí, fumaban, bebían y usaban drogas. Eran rebeldes, intransigentes, interpelaban a los profesores, defendían con convicción sus opiniones, rompían las reglas de la escuela y de sus casas.

Eloísa quería ser uno de ellos y vivir en el peligro. Quería ser diferente, estaba harta de ser la niña buena de su padre. Se amistó con los *hippies* de la escuela y empezaron las escapadas de clase. Tomó drogas para ampliar la percepción de sus sentidos y disfrutar de las cosas simples de la naturaleza; las drogas también le permitían valorar con profundidad los sentimientos humanos. Compartía con sus nuevos amigos la oposición al autoritarismo, el anhelo de cambiar el mundo y la incesante búsqueda de una mejor manera de ser, aunque no sabían bien cómo ni adónde iban. Estaban transidos por una incertidumbre gozosa. Leían, discutían, oían a Pink Floyd y a Led Zeppelin, se emborrachaban, se drogaban y cuestionaban los valores morales y las estructuras del poder en todos los niveles de la sociedad.

Lo que más valoraba de esos muchachos es que la trataran como a un compañero. No tenía privilegios por ser mujer y tampoco la discriminaban, pero mientras viviera en la casa paterna, no podían considerarla una igual; pues por mucho que se opusiera, la fuerza y el control de su padre no le permitían trasnochar como los otros, irse de campamento, ir a Zipolite o a la sierra para convivir con los indígenas, ni siquiera a Acapulco.

—¡Estás loca —vociferaba su padre—, ninguna hija mía duerme fuera de su casa!

Una noche Eloísa no llegó a casa. Después de horas de excesos etílicos y psicotrópicos, amaneció, le dio miedo volver y enfrentar a sus padres y se fue a la casa de los amigos, de una casa a otra, en crisis, inexperta, con miedo, llena de culpa. Siguió la angustia de su familia, el vacío existencial, la falta de dinero, de trabajo y de escuela. Pero regresó, y de nuevo el encierro, los regaños, los libros, la familia, el noviecito. Ya no se sentía bien en su casita linda y ordenada. Se odió a sí misma por provocar tanto dolor a sus padres, pero pensaba que ése ya no era su lugar. Quería escapar, tenía alas pero ningún lugar a donde ir.

El autobús había llegado a un pequeño poblado en medio del desierto, *El Arish*. Eloísa se bajó a estirar las piernas y una lágrima le escurrió por la mejilla, tantos recuerdos la estaban poniendo melancólica. Casi sin mirar a sus acompañantes subió de nuevo al camión. Intentó ahora rastrear en qué momento había encontrado su lugar en el mundo.

Cuando Eloísa llegó a la UNAM, pasaba todo el día en la nueva escuela, le parecía fascinante ese ambiente de libertad en el que los maestros les hablaban de tú a los estudiantes. Todos tan preocupados por investigar, conocer y entender la conducta humana y los vericuetos políticos del país y del mundo. Compartía con ellos su fascinación por la Revolución cubana, seguía de cerca la nicaragüense, y el trabajo en las comunidades aledañas a su campus, con las personas de las colonias marginadas, la hacían sentirse útil, que no estaba de más en el mundo; participaba en brigadas educativas y de salud, en las que los universitarios maestros(as) y alumnos(as) se comprometían, se entregaban para resarcir, aunque fuera un poco, las desigualdades históricas de la sociedad. Después de las clases pasaba la tarde en la biblioteca y luego vagaba por la ciudad con su nuevo novio *hippie*. Al anochecer volvía a casa.

Mientras estudiara, sus padres estaban dispuestos a tolerarla.

## LAS AMADAS ANCESTRAS

Eloísa pensaba que una es lo que es, debido en parte a sus ancestros, a los antepasados como humanidad, como historia, pero también se es, debido a sus ancestros directos, y Eloísa creía que, además de su familia directa, ella se había nutrido de muchos otros y de muchas otras. Reflexionaba acerca de que a las mujeres les faltaban modelos de mujeres que hubiesen tomado su destino en sus propias manos.

Casi por intuición, en la adolescencia empezó a rastrear la vida de otras mujeres, sus amadas *ancestras*, buscando modelos en los cuales reflejarse. Disfrutaba *voyeurístamente* de la vida de las locas, las transgresoras, las desobedientes; de las que vivían la vida plenamente. Durante su formación universitaria continuó buscando modelos, mujeres que desde su vida cotidiana o de su trayectoria pública tenían un modo diferente de “ser mujer”.

Se recordaba a los catorce años, cuando le *nació la conciencia* con Anita Frank, y su admiración por Mary Wollstonecraft, que a finales del siglo XVIII, en Inglaterra, escribió *La vindicación de los derechos de la mujer*, el primer libro feminista, y a su hija, Mary Shelley, que había escrito el famoso *Frankenstein*, en una época en que se suponía que las mujeres no escribían. Recordaba a Kate Millet, a Simone de Beauvoir y cómo la marcó aquello de que *anatomía no es destino*, y a Sor Juana y su *Respuesta a Sor Filotea*. Reflexionaba sobre su extrañeza al saber que dos mujeres de la misma familia hubiesen obtenido el premio Nobel, las científicas Curie, madre e hija.

Eloísa quería sobre todo a Rosario Castellanos, la quería como si fuera parte de su familia, como si fuera su tía; su poema *Debe haber otro modo de ser mujer*, la acompañaría siempre. Igual de demolidor le parecía aquel verso de Rosario en la *Lamentación de Dido*: “La mujer es la que permanece, rama de sauce que llora a las orillas de los ríos”. Cuán atrevido le pareció el poema de Juana de Ibarbourou:

tómame ahora, que tengo la carne olorosa,  
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Releía una y otra vez los poemas de Alfonsina Storni, Ida Vitale, y los revolucionarios y cachondos para los guerrilleros de Gioconda Belli. Y las contradicciones de Esther Vilar con su *Várón domado* y las letras doloridas de Janis Joplin; sobre todo la estremecía la sentida letanía de María Sabina, cuando guiaba los viajes con los hongos sagrados: “Soy la mujer que mira hacia adentro/ soy la mujer luz del día/ soy la mujer luna/ soy mujer estrella de la mañana/ soy mujer estrella dios/ porque podemos subir al cielo/ porque puedo entrar y salir del reino de la muerte...” Cuando Eloísa salió de la casa paterna fue a conocer a esa sabia sacerdotisa.

Aún sentía fascinación por las diosas y heroínas de la antigüedad: la sabia Atenea; la hermosa Afrodita, nacida de la espuma espermática de Urano, con su ceñidor mágico que provocaba que el que la viera la deseara hasta el delirio; la cazadora Artemisa; la belleza de Helena; Safo, la paradigmática poeta en un mundo de hombres, apasionada, sensual y melancólica; y las trágicas Casandra y Antígona.

Pero sólo fue muchos años después, al entrar a estudiar a la Facultad de Filosofía y Letras, cuando conoció la historia de otra mujer paradigmática, la ancestrada por antonomasia, Lilit, la primera mujer de Adán según los cabalistas del siglo XIII, que fue la primera mujer transgresora, sexual, la pasión de la noche, que prefirió dejar el paraíso antes que vivir sojuzgada por Adán. Esther Cohen le contó la leyenda de Lilit:

Lilit, fue la primera mujer de Adán, más bella que Eva, además de haber sido creada absolutamente como un ser igual a Adán: de tierra. Este rasgo de igualdad, motivo de su separación y huida, la lleva a no aceptar la relación amorosa en una única posición. Cuando

solicita de su compañero invertir las posiciones en la cópula, Lilit va más allá de lo previsto por su creador. No hay lugar en este paraíso para dos iguales. Lilit deberá aceptar su lugar subordinado, amar a su hombre desde abajo, nunca encima de él. Pero Lilit no acepta la imposición de mirar siempre y sólo hacia arriba, por eso huye; sabe que su lugar está en otra parte, que la otra cara del paraíso la espera y, sobre todo, se sabe poderosa: Dios mismo, al crearla, le ha otorgado ese poder al revelar su nombre. Entonces ella pronuncia el nombre inefable y libera al mundo de las ataduras (límites) del conocimiento y la imaginación, pone punto final a la inocencia.

Cuando creció, Eloísa admiró sobre todas a Heloísa, recordada en la historia por su correspondencia con Abelardo, al que amó a pesar de la distancia, de la tragedia, de la muerte. Heloísa, la rebelde educada, nacida en 1098, reivindicadora del deseo femenino, de la pasión femenina en lo corpóreo, aunque fuera en la ilegalidad o en el pecado, la que le habló a su amado con firmeza: *No quiero ser tu esposa, prefiero ser tu puta.*

Se sentía también habitada por la fuerza y la inteligencia de Olimpia, madre de Alejandro Magno, y de la mítica Cleopatra: mujeres hermosas, políticas, poderosas, amantes irredentas.

Como Scharazad, creía que la palabra era el único recurso para permanecer viva. Quería el talento de Virginia Woolf y tener un cuarto propio para escribir. Anhelaba tener la sensibilidad habilidosa de las bailarinas Isadora Duncan, Alicia Alonso y Gloria Contreras; el arte de Edith Piaf o, alguna vez, ser tan intensa como Margarita Yourcenar. Siguió con cuidado la vida de Frida Kahlo, y más tarde la trayectoria de Ofelia Medina, la actriz zapatista; siempre admiró y defendió a la despreciada e incomprensida Yoko Ono.

Eloísa también se había nutrido de sus contemporáneas, leyendo siempre la infaltable *Fem* y su Esperanza Brito, y a las Elenas: Poniatowska y Urrutia.

Como decía Silvia Plath en su poema: “era vertical pero prefería ser horizontal”. Eloísa también era vertical. Como Anäis Nin, buscaba su Henry Miller. Y admiraba el talento y la rebeldía de Susan Sontag. Sin embargo, Eloísa reflexionó en cómo la mayoría de estas mujeres paradigmáticas había terminado su existencia en la tragedia del suicidio, la soledad y el desprecio. ¿Qué no había otra manera de ser mujer?

Eloísa abrevó de la sabiduría de su madre, de la firmeza de la abuela Mike, de la dulzura de la abuela Maty, de la inteligencia de las tías: brujas, cocineras, trabajadoras, cantantes y poetas: mujeres venenosas.

Además de su fascinación por las Adelitas que tomaban las armas para defender sus ideales, admiró a Benita Galeana; Eloísa, ella, la Eloísa en medio del desierto, amaba a las revolucionarias modernas, las *alzadas zapatistas*, con la comandanta Ramona y su “ley para las mujeres”. Recordaba allí, en medio del desierto, cómo la había conmovido el discurso inteligente de la comandanta Esther en la Cámara de Diputados como corolario de la histórica marcha zapatista. Eloísa, en esa época, también había acompañado a esas revolucionarias modernas en aquel Congreso Nacional Indígena en Nurio, Michoacán.

Eloísa estaba agradecida con sus compañeras y maestras, con Graciela Hierro y las aguerridas Lagarde, Illán y las Patricias: Olamendi, Duarte, Garduño, Bedolla, la Galeana, la visible Lamas, y Arlet López T., que fue su primera jefa, de la que aprendió tanto. Y de todas las otras que se inventaban cada día, con sus aciertos y azares, siempre contradictorias, felices, deprimidas, esperanzadas.

Recordaba agradecida a sus amigas-confidentes: Olivia, Lulú, Carolina, Ángeles, Alma, de la época universitaria, con las que estudiaba toda la noche entre discusiones epistemológicas, trova cubana, cigarros y jarras de café, y sus utopías de cambiar el mundo.



Para conocerse, Eloísa reflexionó que tenía que reconocerse mirándose en el espejo de todas esas mujeres. Mujeres modernas, mujeres antiguas, mujeres míticas, alterando el orden. Tenía la cabeza llena de mariposas feministas y a Eloísa le crecieron alas.

## ENTRE LAS SÁBANAS

La sexualidad era un tema de discusión en su familia. No era raro que en las pláticas de sobremesa los hijos preguntaran cosas del tipo: ¿cómo son las prostitutas?, ¿cómo es eso de que se vende el amor?, ¿quién lo compra?, ¿la masturbación es peligrosa? O, si se ama intensamente, ¿es válido tener relaciones aunque no se esté casado? La mayoría de las veces los padres contestaban aparentando seguridad, otras se sonrojaban y se miraban perturbados entre ellos. Cuando la respuesta los sobrepasaba, los mandaban a investigar a la enciclopedia.

Eloísa estaba transida de todas las lecturas de la revolución sexual, tenía prisa por probar los anticonceptivos, usar toallas sanitarias, saber cómo se usaban los condones. Creía que los hombres tenían el pene erecto siempre. Cuando tuvo su primera menstruación, a los once años, se sintió feliz, le pareció que ese olor de sangre recién salida era excitante. Cuando se lo dijo a su madre y ésta a su padre, los dos estuvieron felices de que su hijita se estuviera transformando en señorita. Por esos tiempos, Eloísa tenía un *Pequeño libro rojo*, que no era el de Mao, sino de sexualidad, que hablaba de todas las virtudes del ejercicio de una sexualidad libre.

La primera vez que se masturbó, no podía creer el inmenso placer que salía de su cuerpo. Le revolucionó su perspectiva del mundo. “En el cuerpo radica este placer absoluto”, se dijo maravillada. Y se volvió una experta en el arte del placer solitario. Masturbarse o no, no era un asunto de pecado sino de habilidad.

Al mismo tiempo empezó su exploración del vínculo sexual con los otros. Elegía qué chico sería su próximo novio. Ser novios sí era una condición indispensable para que hubiera besos y caricias. Y empezaron “los juegos de manos a la sombra de un cine”, como diría Joaquín Sabina. Pero Eloísa no se aventuraba a más.

Al cumplir quince años, pensó que no podía esperar más. Tenía unas ganas locas de conocer el *amor verdadero*, ese que se sellaba sólo por medio del coito. Y con sus lecturas románticas (se sabía de memoria los principales diálogos de *Romeo y Julieta*), las películas de la época de amores juveniles con sexo, como *Amigos*, y sus lecturas científicas, Eloísa creyó que tener un orgasmo era como irse al cielo.

Su primera experiencia fue de película. Había ido al cine a ver una película de Clint Eastwood, *Please play Misty for me*, en la que se presentaba una escena erótica donde una pareja de amantes hacía el amor, desnuda, en un lago, bañada por una cascada de agua cristalina, mientras en el *soundtrack*, Roberta Flack cantaba *The first time ever I saw your face*. Eloísa estaba alucinada y tuvo su primer orgasmo cinematográfico.

Pero ella quería probar la realidad de las cosas. Así que con su novio casado y mayor, se empezó a adentrar en los placeres corporales compartidos. Él la fue llevando suavemente de una etapa a otra, hasta que una tarde Alfredo la invitó a la casa de un amigo. La casa era grande y elegante, no había nadie. Pusieron música, bailaron pegaditos y el novio muy suavemente le fue desabrochando la blusa, tocándola con mucho cuidado, con cariño. Cuando Eloísa abrió los ojos, se dio cuenta de que estaban echados en la alfombra y él sobre ella delicadamente. Se asustó un poco, pero dejó que las cosas transcurrieran mientras él la bañaba de besos. Hasta que, muy delicadamente, casi sin darse cuenta, la penetró hasta el fondo. Se movieron acompasadamente, hasta que ambos llegaron al orgasmo. Eloísa pensó que estaba en el séptimo cielo.

En esa primera relación no sangró, como muchas mujeres no sangran en su primera relación, y ella no le dio importancia. Sin embargo, tiempo después se enteraría de que el novio pensó que no era virgen. Aunque a él no le importaba este *inconveniente*. A Eloísa le resulto irónico que, cuando ella había decidido entregarle su virginidad a Alfredo, no le hubiera creído. Durante un tiempo siguieron las escapadas a algún hotel de paso, cuando el novio ahorraba el suficiente dinero para costearlo.

Eloísa se sentía muy bien, siendo audaz y moderna. Le empezó la predilección por la lencería suave y vaporosa en su cuerpo de quince años. Era absolutamente fiel cuando estaba enamorada, pero cuando dejaba de estarlo, sólo era fiel a sí misma y a sus deseos. Cuando se desenamoró de Alfredo empezaron sus aventuras sexuales. Se metió entre las sábanas de quien quiso, bueno, casi en todas. Con el paso del tiempo se convirtió en sensual y cachonda, o al menos así la veía la mayoría de los hombres que conocía, que invariablemente terminaban haciéndole propuestas indecorosas. Alguna vez Eloísa le confesó a su amiga:

—Si aceptara todas las invitaciones que me hacen los hombres para ir a la cama, sería puta.

Como mecanismo de defensa de su moralidad sexual, empezó a interesarse sólo en los hombres que no le hacían caso, pues ¿cómo era posible tal atrevimiento? Se aficionó entonces a la seducción de hombres imposibles, y entonces ella era la cazadora, la que buscaba, proponía. Se convertía en loba, hasta que el objeto de su deseo caía en su guarida. Entonces Eloísa perdía el interés. Su psicoanalista decía que ese era un comportamiento histérico; sus amigas preferían decir que le gustaba prender el calentador, pero no meterse a bañar. Las veces que sí se bañó, casi siempre las cosas funcionaban muy bien, mientras duraban. Eran tiempos de locura, excesos, peligros, transgresiones, festín de pieles y lluvia de besos de amantes furtivos. Ella era entonces toda pasión, intensidad y deseo.

También es cierto que se relacionó con alguno que no merecía ni una segunda mirada. Sin embargo, los hombres que habían sido significativos en su vida, después de terminada su relación amorosa, seguían siendo muy buenos amigos, amigos cercanos y entrañables.

Una cosa que valoraba de sí misma es que nunca se acostó con ninguno por motivos laborales o políticos. Ella no metía el cuerpo en el presupuesto. Sólo su hermana Paz, que además de ser su amiga era su conciencia, le decía:

—¿Hasta cuándo vas a sentar cabeza, hermanita?, ya búscate un buen hombre y cástate.

Recordó aquel fin de semana en Acapulco con su último hombre y cómo se habían preparado un ambiente novelesco: con la voluptuosidad del mar nocturno, cena en un buen restaurante de carnes rojas, jugosas y tibias mezcladas con litros de Caver-net Sauvignon, la habitación con las luces del puerto a sus pies, *jacuzzi*, espejos, música romántica, y sus cuerpos olorosos a perfumes dulces. Recordaba cómo habían pasado cuarenta y ocho horas en la cama sólo levantándose para ir al baño o tomar agua, horas y horas jugando, fantaseando, probando, inventando; penetrándose como alienados hasta que Eloísa, después de incontables orgasmos, llegaba a una especie de estado alterado. Como si se despegara de la cama para entrar en una dimensión casi divina.

Su cuerpo estaba húmedo y pegajoso, sintió un calorcito agradable entre las piernas, por la ventana del autobús veía un oasis verde brillante, con sus palmeras, nómadas y sus animales que se refrescaban. Quiso salir corriendo para refrescarse en aquellas nítidas aguas y dejar atrás tanto paraje amarillento.

Pensó que el ejercicio libre, consciente, informado, de la sexualidad, era como ese oasis que veía por la ventana, el oasis que Eloísa llevaba dentro de sí misma, en medio de un mundo limitado para las mujeres por los prejuicios morales o religiosos.

## CON LA MUERTE EN EL BOLSILLO

El sol se había escondido entre las dunas, empezaba a estar cansada de tanto viajar, el cuerpo se le estaba rebelando, tenía inflamado el colon, le dolía el trasero, sentía los ojos enarenados. Por la ventana, los montes bajos estaban cubiertos de arena ennegrecida. Eloísa estaba triste, se dolía de sí misma. Y el dolor que tenía incubado en el pecho, el que guardaba como un tesoro, lejos de los extraños, se le hizo presente. Se cubrió de sombras. La muerte se sentó a su lado.

Eloísa se creía invulnerable, como todos, y que en su mundo ordenado la muerte estaba lejos. Pero muy pronto y muy de cerca descubrió la fragilidad humana.

Ya casada, había regresado a la universidad para terminar la carrera de psicología. Mientras asistía a clases, su madre cuidaba a su pequeña hija, de manera que algunos días a la semana desayunaba con sus padres antes de ir a la escuela.

La última vez que vio a su padre fue cuando éste salía a trabajar, como todas las mañanas.

—Padre —le gritó—, regresa y dame al menos un beso de despedida.

Nunca más volvería a verlo vivo.

Esa noche, cuando su padre regresaba por un nuevo camino, murió atropellado. Fue la primera vez que pasó la noche fuera de casa. Eloísa lo amaba de modo entrañable, casi edípicamente. Él la había cuidado, consentido, controlado. Él le había conseguido su primer empleo de psicóloga. Estaban estrechamente vinculados.

Le parecía tan absurdo que su padre muriera, así de repente, a los cincuenta años, perfectamente sano. Su ordenado mundo familiar se resquebrajó. Y le siguió la angustia por su madre, de corazón enfermo. Pensó que ella no resistiría la pena de perder a su

único amor. Miraba a su madre cantando suavemente pequeñas canciones tristes, preparando las exequias. Recordando lo que su hombre le decía:

—Te sirvo mejor muerto. Así tendrás pensión, seguro, casa, y sobre todo tranquilidad.

Podía ver nuevamente el desconcierto de su madre en el velorio.

—Abre la caja, Eloísa, tal vez se equivocaron de persona y tu padre no está muerto.

Y más adelante, movida por las recurrentes infidelidades del marido, un poco entre broma y en serio:

—¡Revisa la puerta, Eloísa, no vaya a llegar una mujer con chamacos llorando! Si alguien así llega, no los dejes pasar.

Fue la primera vez que Eloísa se enfrentó a la muerte de un ser tan querido para ella. La muerte del padre la marcó para siempre; casi sin darse cuenta, Eloísa introyectó muchas de las características de su padre, se volvió fuerte, violenta, altamente competitiva, apasionada del trabajo, le juró en silencio que “ella no sería jamás sólo una ama de casa”. Los años pasaron y Eloísa no podía separarse de la sombra del padre, de sus expectativas. Su marido le decía con recelo: “Eres igual a tu padre”. Eloísa tuvo que esforzarse para buscar su propio camino a pesar del fantasma de su padre.

El tiempo pasó y la madre, con su sabiduría práctica, siguió siendo el núcleo aglutinador de la familia. Los hermanos menores disfrutaron de la libertad que Eloísa nunca tuvo mientras el padre estuvo vivo. Sus hermanos siguieron juntos, recordando siempre con amor al padre muerto. No se perdonaba que su padre hubiera llorado cuando ella se fue de casa. A Eloísa le quedó una cicatriz en el pecho que la acompañaría para siempre. Lo que nunca imaginó, es que aquello era sólo el inicio del dolor.

Literalmente le dolió el corazón cuando recordó a ese hombre, su Abelardo. Cómo lo había amado. Era su colega, guapo, inteligente, cínico. Recordaba sus inmensos ojos verdes y cómo al principio lo había odiado por petulante: tan seguro de sí mismo y de sus atributos. Pero el tiempo los amistó, se acercaron compartiendo ideas y lecturas. Ambos amaban a Jaime Sabines. Y se desató un amor platónico entre ellos, digno de una novela del siglo XVIII. Les bastaba sólo con mirarse para penetrarse, el silencio para explicarse, estar cerca para conocerse, para amarse. Así pasaron los meses y los días, los años. Nunca se acostaron. Sabedores ambos de sus correrías sexuales, decidieron esperar hasta que estuvieran convencidos de que no se separarían nunca.

Mientras tanto se buscaban, se escondían, se provocaban. Él apenas la tocaba con la punta de los dedos debajo de la falda, ella le besaba suavemente los labios; se alejaban, se extrañaban, se deseaban, se escribían, se soñaban. Un día decidieron al fin que el momento había llegado. Abelardo no acudió a la cita. Horas antes se le reventó el corazón. Un infarto masivo los separó para siempre. Lo lloró tanto, con una rabia de amor desperdiciado. Eloísa quiso sacudirlo y gritarle: “Hubiera preferido ser tu puta”.

Deseó incesantemente que el corazón le estallara también, que existiera otra vida para poder estar juntos, lejos, solos. Eloísa se acercó a Quevedo en su *Amor constante más allá de la muerte*:

su cuerpo dejarán, no su cuidado;  
serán ceniza, mas tendrán sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado”.

Eloísa se provocó un preinfarto. Pero su necio corazón siguió latiendo. Entonces se cortó el pelo. Se volvió sombría, le guardó luto. Fue su viuda. Y entendió *de facto* los versos de Sabina: “No hay nostalgia peor/ que añorar lo que nunca, jamás, sucedió”. Años después, Eloísa lo seguía amando, por eso le escribió *Obstinada*:

Bajo su tumba  
de invierno en abril  
sus ojos no me recuerdan.

El bisturí de la memoria  
le disecciona el cuerpo  
y alacranes iridiscentes centellean.

Limpio ácidas entrañas  
la mandrágora abre llagas en la boca  
mis conjuros no lo tocan.

Impudicia que sorbe  
la fuente marchita  
implorando la gota  
que me fecunde el vientre.

Obstinada mi sangre  
llena el vacío  
con su nada.

Sólo le quedaron unos poemas de Abelardo y una fotografía para lidiar con la vida.

Parecía que una extraña maldición, de primavera negra, perseguía a Eloísa. Y una tarde de ese mes negro, un marzo ominoso como los otros marzos en los que había muerto su padre y Abelardo, Eloísa sintió un desasosiego en el pecho, una íntima certeza de tragedia. Su pequeña hija, Jessica, se había convertido en una adolescente encantadora y rebelde. A sus catorce años hacía teatro, escribía en la revista de la escuela y tenía novios.

Eloísa sintió que algo estaba mal. Preocupada por la violencia contra las mujeres que vivía cotidianamente en el centro de atención, con insistencia llenaba a su hija de recomendaciones para que se cuidara de los peligros ciudadanos. Aquella tarde de marzo,



una vez más le pidió a la hija que no saliera de casa, que estaba intranquila.

—No salgas hoy —le dijo—, tengo un mal presentimiento.

—Déjame, madre, ya estoy grande. Déjame seguir mi camino.

Eloísa no tuvo más remedio que soltarla. Ella se fue. Minutos más tarde sintió un profundo dolor que le desgarró el pecho, como si su hija la estuviera llamando. Apenas un poco después llegaron las amigas con las que su hija había salido, para avisarle: “Hubo un accidente, un microbús se pasó el alto cuando ellas cruzaban la calle. Las embistió. Sólo alcanzó a Jessica, que murió inmediatamente”.

Un bombazo de adrenalina le estalló en la cabeza, ensordecida y ciega corrió como loca para encontrarla, asustada, sólo podía oír su corazón latiendo tan frenéticamente que casi se le salía del pecho. Fue en vano.

El microbús con su chofer desalmado, amparado por la noche y por la complicidad de las autoridades corruptas que les otorgaban permisos para conducir, se había escapado, dejando a Eloísa y a su pequeña personificando en carne viva el horror de las tragedias ciudadanas.

Eloísa se arrodilló junto al cuerpo de su hija, le acarició la cara, le arregló el pelo. Le dijo al oído que pronto la levantarían del asfalto helado. Cuando llegaron los socorristas, obligaron a Eloísa a soltar el cuerpo de su hija. Cubrieron a la niña con una sábana blanca.

Pasaron varias horas antes de que el Ministerio Público llegara a testificar la muerte, en medio de una fila interminable de autos que las rodeaban para pasar. Sonando sus bocinas, alumbrándolas con sus faros infernales. Lo único que Eloísa deseaba en ese momento era cambiar su vida por la de su hija.

Y nuevamente las preguntas, el desconcierto, sin dioses a quién interpelar y maldecir. Sin Dios que la confortara. Tendría que haber una explicación para tan desmesurado castigo. ¿Qué había hecho tan mal? ¿A quién había herido tanto para ser sujeta de la ira del mundo? En la delegación, una amiga llegó a acompañarla y le

dijo: “Todavía no tienes treinta y cinco años y ya perdiste un hijo. Qué va ser de ti mañana”.

A Eloísa le pesaba tanto no haberla cuidado, defendido. Qué inútiles le parecieron los esfuerzos que hizo para allegarle una vida mejor, rica y positiva. Se sentía robada, expropiada, mutilada.

Pensó que lo peor que le podía suceder a un ser humano era perder a un hijo, una hija. Hasta entonces, Eloísa creía que había un orden natural y justo según el cual primero mueren los ancianos, los padres, los enfermos; cuán lejos estaba su fantasía de un mundo ordenado y justo, la muerte le arrebató a su hija la posibilidad de equivocarse, de disfrutar, de amar, de vivir. A pesar del tiempo transcurrido, Eloísa jamás encontraría las respuestas que le explicaran los misterios de la muerte de su hija. Le parecía tan encabronadamente injusto.

Con alienada firmeza hizo los trámites legales, preparó las exequias, le alcanzó la fuerza para consolar a su madre, a su hijo, al esposo. Entregó a la tierra a su entrañable hija, mientras decenas de sus compañeros de secundaria oían a los *Caifanes* en un lastimero *Miércoles de ceniza*. Eloísa jamás olvidaría ese miércoles de ceniza.

No quería nada con el mundo, se sumergió en su dolor, sin comer, sin dormir, hizo lo necesario para que el corazón se le detuviera. Tuvo otro preinfarto y esta vez le quedó el corazón atrofiado, ennegrecido, mutilado para siempre.

No se murió, tenía una fuerza que desconocía. Cuando pasó el aturdimiento, Eloísa se vio rodeada de gente que la amaba, que la confortaba. Su familia nutriente estuvo siempre cercana, solidaria, y muchos amigos y amigas, más de los que creía tener, estuvieron cerca tejiéndole una red donde acunarse. Tantas mujeres a las que ella había ayudado le habían enseñado el coraje de la supervivencia; acostumbrada a tantas pérdidas, casi sin querer, siguió adelante.

Su hijo fue el único vínculo que la amarró a la vida. Le dolía hasta la médula dejarlo indefenso. Eloísa se armó de valor para

comenzar todo de nuevo. Empezó la peregrinación de visitas a los especialistas: cardiólogos, acupunturistas, naturistas, nutriólogos y gurús para sanarse y encontrar las respuestas que nunca encontraría. Siguieron los ejercicios, los fármacos, los masajes y el coraje de sanar. La rabia y el dolor le dieron una fuerza desconocida. Como Rosario Castellanos, se repetía una y otra vez:

Ah, sería preferible morir.  
Pero yo sé que para mí no hay muerte.  
Porque el dolor  
—¿y qué otra cosa soy más que dolor?—  
me ha hecho eterna.

Pero empezó todo de nuevo. Se divorció, se cortó el pelo, obtuvo el *grado master*, cambió de empleo, cambió de casa, compró un perro, un auto, trabajó más, viajó más, consumió más. Se buscó en sí misma y encontró la fuerza para criar a su pequeño.

El tiempo pasó, era una sobreviviente en medio de ese autobús en el desierto. Habían llegado al poblado de *Rafiah*, caía la noche y ella lloraba inconsolable. No le importaba dónde estaba, ni el lugar al que habían llegado. ¿Alguna vez podría exorcizar ese dolor? Por lo pronto se había acostumbrado a llevar la muerte en el bolsillo, siempre cercana, amistadas por un lazo invisible con el que se acercaba a los suyos.

Nunca más sería la misma, había perdido la inocencia, estaba marcada por la muerte. Pensaba en los sabios versos de José Emilio Pacheco:

Cirios: son nuestras vidas consumiéndose...  
Llama es la vida  
y cirios nuestros cuerpos que se desgastan,  
pero su fin no es previsible:  
puede seguir el curso natural  
o acabar por un sopló o una racha de viento.

## PARAÍOSOS ARTIFICIALES

Había caído la noche en el desierto, la Vía Láctea circundaba el cielo. Pocas cosas eran tan hermosas como un cielo estrellado en la mitad del desierto.

El dolor en el pecho le recordó que desde hace mucho tiempo no tomaba fármacos, ni alcohol. ¿Cuándo había comenzado? ¿Cuándo había terminado? ¿Había terminado?

Su primera borrachera fue a los catorce años, en su casa, en una elegante fiesta familiar, en la que, con sus cinco amigas, se bebieron una botella de vodka. Muy seguras de sí mismas, le pedían al mesero que llenara los vasos una y otra vez. Fue muy divertido “ser grandes”. Cuando sus padres la vieron, consideraron que era una “gracia” de su hijita. En su casa no se acostumbraba beber, sólo una o dos copas en los acontecimientos sociales como navidad y año nuevo. Pero la Eloísa adolescente y sus amigas estaban muy interesadas en probar las virtudes de la bebida y aprender a beber para no emborracharse en público. Así que casi todos los fines de semana compraban botellas, a veces de ron, tequila o vino tinto, para hacerse conocedoras. Sus padres ni lo notaban, y sus pruebas normalmente no tenían consecuencias. Sin embargo, ya en la preparatoria, beber alcohol fue el medio para ser aceptada en el *ghetto* de los malos, y el reto era beber tanto como ellos: descubrir cuántas cervezas se podían tomar sin caerse y cosas por el estilo. También fue cuando empezó a probar drogas. Además de pertenecer al grupo de los malos y la curiosidad que sentía por saber qué significaba acceder a ciertos estados alterados de la conciencia, la motivaba descubrir cómo se podía alterar la percepción, cómo era el mundo bajo los efectos de la marihuana, de los hongos alucinógenos y de los ácidos. Muchas veces sentía miedo y vergüenza por lo que pensarían sus padres. Pero le encantaba esa sensación de los estados alterados. Era sumamente agradable. A diferencia de sus amigos, después de *los viajes* Eloísa regresaba a

su casa y seguía probándose: ¿cómo es bailar drogada, leer, resolver ecuaciones de cálculo diferencial integral o ir al cine?

Se volvió taciturna y solitaria, estaba demasiado ensimismada, pensando siempre en la vida, el orden de las cosas, la naturaleza, el cerebro, la conducta. Sus amigos seguían la parranda continua todas las noches; Eloísa, en cambio, cuando llegaba tarde a su casa, era castigada con el encierro y volvía a los libros, que eran sus verdaderos amigos. En la universidad, en un ambiente de psicólogos liberales e irreverentes, también bebía frecuentemente, con gusto asistía a las infaltables *chelas* de los viernes con sus compañeros de clase. Después, con su embarazo y el posterior cuidado de su hija, dejó de beber.

Cuando empezó a trabajar de modo obsesivo en el centro de atención para mujeres, Eloísa y sus colegas iban los viernes a una cantina a dejar el estrés, a experimentar la catarsis, asqueadas de la violencia sexual en la que estaban inmersas. El alcohol servía de catalizador y también como medio para sentirse liberadas. Eran clientas predilectas de *La Perla*, la cantina cercana a su trabajo, y se sentían felices de hacer y beber lo que les diera la gana. También las reuniones y las comidas de trabajo con alcohol eran el modo *típico* de hacer negocios, arreglar convenios y de *amarrar* acuerdos políticos.

Eloísa se manejaba muy bien, tenía su propio currículum alcohólico. Muchas veces le causaba placer estar en reuniones político-sociales sólo con hombres y comportarse a la medida de las circunstancias, además de que siempre era tratada con la deferencia que se merece una mujer en esos contextos tradicionalmente masculinos. Y entonces Eloísa se sentía muy moderna, muy liberal, muy mundana. Aprendió a danzar con lobos.

Muchas veces había sido feliz cuando trasnochaba con sus amigos de bar en bar oyendo música, o simplemente hablando muchas horas. O de sus incursiones nocturnas con sus amigas recorriendo las cantinas de moda y los lugares para bailar.

Una mañana se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo bebiendo. Casi ni notaba las mañanas de desayunos de café y Alka-seltzer como única comida del día, y las aspirinas y las píldoras para diversos dolores que tomaba durante el día.

Empezó a ser consciente de que en algunas ocasiones perdía el control con sólo beber algunas copas. Y entonces se trastornaba. Le salía la sombra, se convertía en vino amargo, le afloraba el dolor que tenía adentro. Como una perra rabiosa con sed de venganza, se volvía cruel y devastadora. Se convertía en su propia sombra, que no reconocía. Y sintió una pena muy íntima por las veces que avergonzó y preocupó a sus amigos y a sus cercanos. Sintió unas ganas locas de pedir perdón a gritos. El alcohol se volvió dolor. Ya no había paraísos artificiales. Estaba cansada de su oscuridad.

Ahora, en medio del desierto, ya no quería más temporadas en el infierno, ya no tenía que demostrar nada, ya no quería pertenecer a ningún grupo, ni *amarrar* ningún acuerdo.

Eloísa reflexionó acerca de que en los años en que se dedicó al servicio público, casi sin darse cuenta, había adoptado el estilo de vida de los hombres en el poder: el trabajo y el desempeño exitoso en el mismo eran la prioridad vital; su relación con el mundo estaba significada por las metas alcanzadas, los acuerdos, las negociaciones, la organización de eventos, el número de acciones realizadas a favor de la comunidad (lo importante en este modelo político eran las acciones realizadas y no las personas, como individuos). En ese contexto, Eloísa era sumamente competitiva, agresiva, vertical; también es cierto que tuvo que trabajar más, estudiar más, tener un currículo más grande para ganarse el derecho a ocupar un puesto público. Después de tanto esfuerzo, si bien Eloísa estaba contenta de sus logros públicos y de su grado académico, se sentía escindida, le faltaba su mitad privada, femenina, sensible, amable. Le parecía cuestionable que, debido a los condicionamientos sociales, las mujeres tuvieran que decidir entre desempeñarse exitosamente en la vida pública a costa de su vida privada. No le

gustaba el estilo del poder masculino y mucho menos que las mujeres tuvieran que *masculinizarse* para ser exitosas. Regresó a su cátedra universitaria para dedicarse de tiempo completo a la investigación y a la enseñanza, en la UNAM, que era como su casa. Aunque seguía preguntándose, si no había llegado a su *techo de cristal*, como muchas mujeres que ascienden hasta puestos altos en la jerarquía del poder y, llegado a ese punto, ya no avanzan, ya sea por las presiones de la vida privada o por miedo al éxito, o por la despiadada lucha por los espacios políticos.

Pensó que a veces no hay alternativa, hay que tomar partido. Ahora, en medio del desierto, sabía que no había islas fantásticas donde refugiarse, no tenía un lugar donde escapar de sí misma. A Eloísa no le quedó más remedio que enfrentar a la Esfinge, hacer el recuento de acciones y negociar ante el espejo. Quería reencontrarse a sí misma, escribirse para reflexionar, para encontrar su lugar en el mundo, si tenía que emborracharse de todo, como decía Baudelaire, elegía ahora emborracharse de sí misma, con todo y su sombra.

Podía ver a lo lejos la cúpula dorada de la mezquita de la ciudad vieja de Jerusalén y el Muro de los lamentos, y a los árabes y los judíos compartiendo recelosos la ciudad en disputa. Casi llegaba al final de su extraña travesía.

## POESÍA Y ORFANDAD

Eloísa escribía poemas desde que cursaba la escuela secundaria. Anota versos en su diario; pero también en pequeñas hojas y en servilletas de restaurantes, la mayoría de las cuales perdía, sin que tuvieran —para ella— ninguna importancia. Consideraba que escribía poco, mal y de manera desordenada; sin embargo, no podía dejar de escribir, tenía una necesidad apremiante de resignificar su mundo, de oír su lenguaje interior.

Cuando la corrieron de uno de sus trabajos hace tres años, decidió que era el momento de hacer lo que siempre había querido: escribir poesía. Consciente de su pasión poética, pero también de su falta de oficio, decidió asistir al taller literario de un escritor reconocido. Cuando llegó, Eloísa tenía una actitud presuntuosa, casi prepotente, acostumbrada a dirigir y a ejecutar tareas; pensaba que sus lecturas eran suficientes para escribir poesía. La primera vez que el profesor y sus compañeros criticaron sus poemas se sintió indignada, pensó que sus críticos habían cometido una grave injusticia contra ella. Se fue a casa gritando que no regresaría nunca: “¡Qué se pensaban esos poetas!”

En el silencio nocturno de su cuarto reflexionó en que la poesía era la expresión más honda de su ser, que era el único lenguaje que la iluminaría por dentro y redimensionaría el sentido de su existencia. Sabía del sacrificio que implicaba escribir poesía, un sacrificio cuya recompensa era la recuperación de sí misma. Sabía también que entre mayor fuera el oficio de la escritura, mayor era la hondura que iluminaría su alma atormentada. Reconoció con humildad que su manejo del verso no era eficaz y regresó a la siguiente clase dispuesta a escuchar, a aprender. Estaba dispuesta a acallar el ruido de la vida pública, a aceptar con humildad la condición de orfandad que sentía desde pequeña; se sabía sola, en carencia, en búsqueda perpetua. Las palabras fueron el vehículo precioso para reconocer sus deseos, sus penas, sus dolores. En las noches de soledad dejaba que corriera su manantial interno y era un dolor gozoso, alienado, que se derramaba, verso a verso, en la hoja de papel. En cada poema, cuando no se abismaba en sí misma, se metía en el otro; entonces sus palabras eran la fuerza del deseo que como dedos penetraban, habitaban en los otros. Eloísa fue entonces palabra sexualizada, versando lo que sólo se decía en voz baja, transgrediendo con la palabra, así escribió *La luna (llena de octubre)*:



En el cielo acerado  
la luna llena de octubre  
atrapó a la caníbal

Residuos de piel en las uñas  
relamía la médula  
de su voracidad nocturna

La saliva como lava  
derritió las venas  
de las sábanas

Cuerpos  
que tragan el universo  
una noche.

Eloísa escribía al filo del abismo, desesperanzada, para no morir; el poema fue el asidero de su naufragio existencial.

Pero muchas veces estaba seca, se le paralizaba la mano, se sentía contenida, estéril; y el horror de encontrarse árida se le venía encima, a veces era como un lecho de río resquebrajado, vacía, sin nada para dar, con nada que decir, y el dolor de la página en blanco era, como si algo en su interior le impidiera explorar en las profundidades de sí misma. Entonces la angustia se le incubaba en el pecho, no podía arrancarse la necesidad angustiosa de escribir, llena de un deseo amoroso, erótico, mortal, como cuando amaba a un hombre y quería poseerlo, apropiarse del otro, de la misma forma necesitaba asirse al poema para completarse, para sobreponerse a su sensación de pequeñez en el universo. Y entonces la poesía, como el amado, le exacerbaba la conciencia trágica de su ser inacabado, de su carencia ontológica, de la tragedia de la imposibilidad amorosa, de su destino de orfandad.

El poema fue para Eloísa la pasión espiritualizada, el deseo transfigurado, la sumisión del cuerpo a la palabra.

Ésa era Eloísa, la bárbara en las dunas, buscando a tientas en la infinitud de la noche. Reflexionó sobre la conciencia que tenía de sí misma en su poema *Sombra de luz*:

Soy la fuerza de la noche  
    suavidad de la alborada  
        mujer de fuego helado

La que expulsa lo que alberga  
    doliente que ríe  
        y danza con la muerte

Palabra silenciosa  
    la que escribe  
        Sombra de luz

Águila en reposo  
    viento y sauce  
        agua fresca vino amargo

Soy la loba  
    la obediente transgresora  
        paraíso infernal

Los excesos acotados  
    mujer masculina  
        hombre femenino

Mujer de cinco puntas  
    mujer polvo  
        caos del cosmos

Soy yo  
    y soy tú  
        soy los otros en mí

Navego  
    en el lado oscuro  
        del universo.

## MIRADA DE LOBA

Cuando Eloísa llegó al mítico Muro de los lamentos, en el centro mismo de la ciudad vieja de Jerusalén, reflexionó en que ella no se lamentaba de lo que había hecho, incluso estaba orgullosa de muchas cosas, aunque a veces sentía una vergüenza infinita por otras. Entendió que ni la anatomía ni la infancia marcaban el destino, y que cada uno y una se va labrando su camino.

Cuando en las noches se dormía en posición fetal, se volvía circular, se moría en sí misma. Se convertía en luna. Adquiría otra visión de las cosas.

Con su mirada de loba aceptó que en la vida hay cosas que nos rebasan, que no entendemos, para las cuales no tenemos respuestas o las respuestas no nos alcanzan para comprender la vida. Sólo tenemos preguntas.

Abrazó su pasado, lo lloró. Lo dejó ir.

Pensó que los otros, las otras, sólo nos acompañan por el camino. Que no podemos hacer más y que a veces no debemos hacer más. Como decía Salvatore Quasimodo:

Cada uno está solo  
sobre el corazón de la tierra  
traspasado por un rayo de sol  
y en seguida anochece...

Ahora se acercaba a la manada. Pero muchas lunas prefería la soledad de la estepa citadina. Taciturna, disfrutaba de la soledad de sí misma. Podía separarse del ruido y la emoción de la vida pública para explorar las profundidades de sí misma. Se volvió flexible, ahora podía tender un puente de encuentro entre sus dos mundos, sin sentirse mutilada.

Estaba agradecida de la fuerza que le regalaron todas las sobrevivientes que conoció en el camino. Agradecida con su hijo

Gabriel que la amarró a la vida. Como decía Jorge Luis Borges: “Uno es también aquello que ha perdido”.

Después de mucho tiempo, Eloísa se sintió equilibrada, había puesto en una balanza sus aciertos y sus errores, sus fobias y sus filias, pensó que ya no tenía que demostrarle nada a nadie. Que no tenía que cumplir las expectativas de otros. Estaba suavemente cansada.

Justo cuando se sentía segura, después de haberse labrado una trayectoria profesional, cuando tenía una excelente relación con su hijo y satisfechas todas sus necesidades básicas, y las no tan básicas, tenía amigas, amigos y familia. Justo cuando pensaba que no necesitaba nada más, alguien le cambió la vida, como decía Silvio Rodríguez:

Quando pensaba que ya no iba a ser  
lo que pensaba  
de pronto vino.  
Tanto que yo te busqué  
y tanto que no te hallaba  
que al cabo me acostumbré  
andar con tanto de nada.  
Cuánto nos puede curar el amor.  
Todo renace de tu mirada.

Todo comenzó con una mirada. Justo cuando Eloísa empezaba a sentirse bien con la vida, se le atravesó la mirada de un profesor del Instituto Israelí donde había estudiado y sintió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo. Sólo intercambiaron algunas frases provocadoras. Él le dijo:

—No sabés lo que decís con la mirada.

—Si quiere averiguarlo, profesor —dijo Eloísa—, búsqieme en mi país.

Tiempo después se reencontraron en México. Bernardo era un profesor de literatura que trabajaba dando cursos en varios

países del mundo. Curiosamente, después de ese breve encuentro en el Instituto, él había organizado trabajar en Latinoamérica. Eloísa lo invitó a trabajar en México. Los viajes se hicieron más frecuentes y ella descubrió a un hombre encantador, educado, aventurero, que hablaba seis idiomas. Todo lo que a ella le gustaba. Empezaron una aventura romántica. A veces él la llamaba para invitarla a Nueva York de vacaciones o a un pueblo colombiano, o a las playas de Costa Rica, a la Acrópolis en la blanca Atenas o a visitar el templo de Poseidón en Cabo Sounion, al sur de Grecia. Eloísa lo llevó a todos sus lugares entrañables de México: no hubo playa, cine, centro nocturno, bar, restaurante, museo, bosque o barrio ciudadano que Eloísa amara y que fuera desconocido para su amado.

Irremediablemente, Bernardo y Eloísa se enamoraron. Cuando no estaban juntos, se escribían correos electrónicos todos los días. Ella le mandaba poemas:

Guerrero de lengua antigua  
salteador de alcobas  
ocupas los territorios  
libres de la piel...

En los correos electrónicos, Eloísa le preguntaba cuando volvería a México:

¿Volverás impúdico guerrero?  
que el cuerpo paraje abierto  
es gélido ataúd  
sin tus combates.

Él le traía regalos exóticos de sus travesías. Se divertían juntos, trabajaban, leían, parrandeaban, se deseaban. Se conocieron, se amistaron, se amaron.

A los cuarenta años, Eloísa se dio otra oportunidad. Sabía que su lucha contra la discriminación y la intolerancia no había sido en vano. Al final de su travesía por el desierto Eloísa pensó que si había algo que cambiar, tenía que empezar por ella misma, cada día, reinventándose en la vida cotidiana.

Reinventándose desde adentro, abrazando su luz y su sombra.

Así estaba Eloísa, comenzando de nuevo. Y mientras tecleo estas últimas palabras en la computadora, Bernardo se asoma por mi hombro para leer lo que escribo.

### LA QUE ESCRIBE (EPÍLOGO)

Atreverse a escribir y *escribirse* no sólo implica el desafío de transitar en un espacio desconocido y asumir los costos de la falta de oficio narrativo en un mundo en el que la creación literaria es considerada inútil. Se puede escribir bien o mal, quizá la diferencia radica en el dominio del oficio, la disciplina, la entrega. Pero escribir, para mí, es una necesidad interna, opresiva, angustiante, irremediable. Como Scharazad, cuento historias y escribo poemas para no morirme, para exorcizar mi sensación de orfandad y desamparo cosmogónico. Escribo desde mi condición de mujer en un sistema patriarcal, desde el reconocimiento inefable de la diferencia, de la otredad. Creo que hay buena o mala literatura, independientemente del género al que se pertenece. Pero escribir desde lo femenino, conlleva un registro diferente, una manera diferente de mirar el mundo: mirar como mujer. Escribo desde la perspectiva de género, pero sin ocultar en ésta mis limitaciones.

Atreverse, además, a escribir una autobiografía ha sido luchar en contra de mis propios fantasmas, con mis miedos; cuidar mi relación con los otros; luchar contra la autocensura y preguntarme a cada párrafo si no estaré lastimando a mis cercanos, a mi madre, a mis hermanos, a mi hijo, a mi amado, y aun así, decidir

contar mi propia historia. A Bernardo no le gustó la lectura de este libro, como supongo que no le gustará a la mayoría de los hombres, transidos, en mayor o menor medida, por los prejuicios de género. A mi hombre seguramente lo incomodó mi desparpajo al narrar el ejercicio de una sexualidad abierta, asumida, casi masculina. Mis amigos escritores dirán que, además de la falta de oficio, el relato es demasiado sentimental, presuntuoso, autocomplaciente y dogmático. Los escucho, los entiendo. Soy consciente de que esta autobiografía es sólo la interpretación desde mí misma, sobre mí.

Escribir una autobiografía es como desnudarse en la plaza pública y asumir que te pueden escupir en la cara, repudiarte, ignorarte, compadecerte. También creo que la hice para acercarme a algunas cómplices transgresoras. Pero no tengo vocación autoinmoladora. Escribir una autobiografía fue la intensa posibilidad de reflexionar sobre lo que he sido, lo que soy, y sobre lo que seré mañana; hacer un recuento, agradecer, reconocer, llorar, perder, para empezar una y otra vez. Soy, pues, lo que pienso, lo que hago y lo que he hecho, lo que he aprendido; soy mis relaciones, mis creencias, lo que escribo; soy también lo que he perdido. Como diría William Blake: “el camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría”.